

FUÍ PROFETA...

Si. Por desgracia fui profeta. Quince días después de publicada mi *Carta abierta*, unos centenares de moros agredían a los trabajadores de las minas del Rif. Corrió la sangre española, y cuarenta hombres, jóvenes todos, murieron en la lucha o fueron conducidos a los hospitales de Melilla. Ha empezado, pues, la nueva aventura.

El general Marina ha ocupado el Atalayón y Nador, atrincherándose en ambos puntos. Y según dicen los últimos telegramas leídos por mí, apenas lleguen los refuerzos, la provincia de Kelaya será española. Es decir, que se rectifica la política prudente y sensata de estos últimos años y se imita la conducta seguida en Uxda y Casablanca por los franceses, conducta que fue tan censurada por nosotros. ¿Y por qué?

Maura ha dicho que es preciso que nuestras plazas africanas no vivan asfixiándose. Sin duda por eso se trata de ocupar a Zeluán la semana próxima. Y ha dicho también, que si no obramos nosotros con energía, otros se encargarán de hacer lo que a nosotros corresponde.

Y en el ánimo del gobierno han pesado más las indirectas de los franceses de Massenet y las influencias de los Güel, Comillas, Macpherson y Romanones, que la opinión unánime de España entera.

Cuando el domingo salía la embajada marroquí de Palacio, un hombre gritó en la plaza de la Armería: «¡Viva España con paz!» Este grito responde al sentir unánime de todos los españoles que no son accionistas de minas rifeñas. Pero los que están en lo alto son sordos voluntarios, y no es de esperar que lo escuchen.

¿No habría modo de impedir lo que nos amenaza? Si, hay uno; el propuesto por mí en mi *Carta abierta* a la prensa española.

Pero esa prensa, con raras excepciones, no quiere redimirse todavía de la parte de responsabilidad que la alcanzara en las catástrofes coloniales. Algunos periódicos—¡parece mentira!—alientan al gobierno a que persista en su actitud.

Hablan de patriotismo, de prestigio nacional, y de otras sagradas cosas que no están en juego ahora. Pero yo creía que el patriotismo no consiste en explotar minas en territorios que no son de España. Yo entendía que era más patriótico oponerse a que en la provincia de Huelva, una compañía inglesa, la de Riotinto, sea dueña absoluta, y disponga de un verdadero ejército de guardias armados. Y a que el gobierno no entregue por diez años a Inglaterra los arsenales de Cartagena y el Ferrol... Son maneras de concebir el patriotismo, con las que no estoy conforme.

¿Comentarios sobre lo que ha ocurrido y ocurrirá todavía, si vamos a Zeluán, como parece indudable?

No los haré yo. Los harán seguramente las mujeres y los hijos de esos reservistas aragoneses, catalanes y valencianos que embarcaron el lunes en los buques de la Transatlántica.

¡Transatlántica!... ¡Reservistas!... ¡Guerra!... ¡La historia se repite! ¡Los años del desastre vuelven a atormentarnos con su recuerdo!...

¡POR FIN CAYÓ!

Antes de consentir el ministro de Gracia y Justicia la vuelta de D. Rafael Salillas a la Cárcel, después de las frases que contra él se permitieron en el Congreso, al hablar del ridículo expediente que se mandó formar por haber asistido a un almuerzo íntimo, ya lo he dicho otra vez, como lo dije también *El País*: debió dimitir cien veces. Lo mismo que el director de Prisiones. No lo hicieron, y esto me confirma en la idea de que el deber, prodigioso políglota, habla a cada uno en el idioma y el estilo adecuado a su percepción.

Decretada su vuelta, el Sr. Salillas tomó posesión del cargo, é inmediatamente fué a la Dirección, para saber por boca del Sr. Rendueles si encontraría ahora en aquel Centro el apoyo moral que antes no tuvo y que necesitaba como todo funcionario, ó si, por el contrario, seguiría la hostilidad manifestada sin rebozo en las resoluciones de los expe-

dientes formados por falta de disciplina y en el recibimiento de Comisiones de empleados que iban allí con quejas infundadas y chismes despreciables. El Sr. Rendueles le contestó con la ambigüedad que acostumbran los que reservan sus intenciones, y entonces el Sr. Salillas, tal vez pensando que podía haberse devuelto el cargo con el fin de tomar pretexto de algún suceso, casual ó preparado, para separarle desacreditando su obra, le entregó oficialmente este documento que llevaba á prevención:

«Excmo. Sr.: D. Rafael Salillas y Panzano, director de la Prisión Celular de esta corte, cargo que desempeña desde que lo obtuvo por concurso y se posesionó en 14 de Noviembre de 1906, sin otra interrupción que la motivada por la suspensión previa de empleo y sueldo que se le comunicó por orden de la Dirección general de Prisiones de 7 de Mayo del corriente año, acude á V. E. al ser restituido en sus funciones por orden de la citada Dirección general de 22 del corriente, resolutoria del expediente que se le instruyó, con un alegato que considera previo á la petición que en definitiva se sirve formular.

No expone hechos por la razón de ser tan numerosos que dan espacio para un libro, y sobre esto, puede ahorrar en esta instancia la pesadumbre de enumerarlos y razonarlos, considerando que sustancialmente la materia de que se trata ha llegado en rasgos generales á las conciencias públicas. Pero sí puede afirmar que únicamente teniendo en grado heroico la idea del cumplimiento del deber, pudo día tras día, hora tras hora, minuto tras minuto, vencer los innumerables y nunca removidos obstáculos que se opusieron á su obra devota y abnegada.

Con todo, en manera alguna hubiera desistido, creyendo firmemente que la obra merecía el absoluto sacrificio personal. Pero en el accidente surgido ya no se trata de esa persistencia. No es lo mismo mantener en tensión la cuerda que no se pudo romper, que anudar los cabos desunidos por fractura. En tales condiciones, y no por egoísmo personal, sino por devoción á la obra que no se quiere ver comprometida mermándole el vigor de los sostenes, el que suscribe acude á V. E. respetuosamente en demanda de aquellos medios y garantías fortalecedoras de la autoridad de quien la ha de mantener, y que en tales empeños son siempre acostumbrados; y no siendo así, á V. E. suplica que, conforme á los trámites legales, tenga á bien conceder al que suscribe la excedencia, con cuyo trámite quedará vacante el puesto que hasta el presente ocupa.

Dios guarde á V. E. muchos años.»

Madrid 23 de Junio de 1909.

De todos los actos realizados por Salillas desde su ingreso en el Cuerpo de Prisiones, ninguno tan noble y gallardo como éste.

«Yo no he venido á disfrutar un sueldo, sino á realizar una obra. He resistido solo y desamparado, durante dos años y medio, los ataques más miserables y desbaratado los planes más inicuos. Cuantos tenían el deber de sostenerme dignamente en el mando que ejercía, alentaban con su indiferencia, si no azuzaban indirectamente con sus acuerdos, á los empleados á mis órdenes; los tres periódicos semanales que se leen en el Cuerpo se han dedicado á difamarme, esgrimiendo las armas más viles; se ha formado expedientes á varios empleados, y las resoluciones en ellos recaídas no contribuyen en nada á atajar la indisciplina. Yo he proseguido, apesar de esto, mi marcha, sin preocuparme de las infamias de los de abajo, ni de las arterias de los de arriba; y la prueba de que he cumplido con mi deber, está en que todos los odios contra mí concitados tuvieron que agarrarse á un incidente baladí para supenderme de empleo y sueldo, suspensión que tuvieron que levantar. Otra vez en mi cargo, y más decidido que nunca á realizar mi obra, vengo á saber si van á negármela, como hasta aquí, los medios de llevarla á cabo, á la vez que á facilitárselos á los empleados á mis órdenes para que puedan combatirme; porque en este caso me retiro, para que no pueda considerarse como fracaso de la obra á que he consagrado mi vida, el fracaso que alcanzar pudiera á mi gestión...»

¿Qué quieren ustedes? ¿Mi cargo? Ahí lo tienen. ¿Mi sueldo? Ahí va. Yo ya he probado lo que á mí mismo deseaba probarme, en dos años y medio de experiencia, luchando con tantos obstáculos, rodeado de tantas miserias, desbaratando tantos planes sinistros: que la Reforma penitenciaria puede ya implantarse en España. ¿Qué me importa lo

demás? Triunfando mi obra espiritualmente, ¿qué significa el que yo salga personalmente derrotado?

Todo esto ha podido decirse Salillas, porque todo esto quiere decir, y todo esto dice ese documento enérgico, arrojado al rostro de la Dirección general por él, el día 23 del pasado Junio y que le ha valido la excedencia, excedencia que implícitamente pregona esto á gritos:

«No, nosotros no queremos que la Reforma penitenciaria se haga, aunque no nos atrevamos á decirlo públicamente, y por esto no lo amparamos á usted en su derecho. Queremos que continúe el sistema actual de represión cruel, con todas las consecuencias que de su aplicación resulten. Siga usted en la cárcel como hasta aquí, si quiere, y si no, váyase. De cualquier modo, eso que usted llama su obra, morirá. A fuerza de conflictos, la opinión llegará á creer que su sistema es impracticable; y hasta si en uno de ellos pereciera usted á mano airada, esto nos serviría de argumento: lo elogiaríamos á usted, y abominaríamos del sistema. ¿Que es el primer caso en que á un hombre que trata de realizar una obra, se le priva de medios? Posible es; pero como no tenemos interés en compartir con usted el triunfo, arrégleselas como pueda. ¿Qué más podemos hacer que dejarle íntegra la gloria que se alcance? Y en suma, y para terminar: de lo que tratamos es de que usted se vaya del Cuerpo que ha querido contaminar de bondad y de justicia. Así, ó á la Cárcel sin garantías, ó á la excedencia sin sueldo.»

Esto pregona á gritos esa excedencia concedida á un hombre que sólo pedía que se le garantizase en su derecho para poder realizar una gran obra. No puede ya con más descaro glorificarse la crueldad, madre de la inhumanidad. Propongo que desde hoy, en vez del letrero manoseado y cursi, *Odia el delito y compadece al delincuente*, se ponga en el frontispicio de las Prisiones el que Dante vió en las puertas del Infierno: *Las ciate ogni speranza*.

Debe sentirse orgulloso Salillas de haber suscrito ese documento. Aquí donde tantas indignidades se cometen por alcanzar un puesto, y más todavía por conservarlo, levanta el espíritu el ver que aún hay hombres capaces de hacer lo que él ha hecho.

JOSÉ NAKES

EL "CLÉRIGO NATURAL"

Estudio de bio-psicología

Sr. D. Antonio Maura Montaner, Presidente del Consejo de Ministros y sociólogo.

Ilustre señor mío: A usted, reformador evolucionista fuera de la revolución, en testimonio de reconocimiento á su obra reformadora, dedico este trabajo de morfología psíquica, seguro de que no será inútil. Partidario de la necesidad de la transformación vital de España, admiro á los revolucionarios y á los evolucionistas. Usted, heraldo de éstos, merece este tributo.

Es uno de los problemas que más preocupan á los biólogos el de la simultaneidad de tipos extremos en la especie humana, dentro de la misma raza y aun á veces dentro de la misma familia. La observación de que los fenómenos del extremo ínfimo reproducen tipos de edades primitivas, ha inducido á imaginar la teoría de los *gérmes latentes*, del *salto atrás* y de las degeneraciones y retroceso. En lo físico y en lo psíquico se da esta variedad que parece hacer de la especie un *cuadro vivo* de la historia humana. Desde el idiota inferior en su psiquismo al «Moritz» y en su fisonomía no superiores á «Zizi Bamboula» que parecen dejar compenetradas é indefinibles las especies humana y antropoidea; desde el sátiro primitivo al eunuco, desde la Bella Otero á la Venus Hotente etc.; desde el gigante al enano; desde el atleta al raquítico; desde Cuvier al idiota; desde Napoleón al «Idolote»; desde Mezzofanti con 72 idiomas, al tartamudo; desde Goethe á Claret; desde Rockefeller á Rull; desde Comillas al Dr. Moliner; desde Vicente de Paul al destripador Bacher; desde Pasteur al envenenador de aguas; de uno á otro extremo, en el orden moral y mental hay tanta gradación y diversidad de tipos como en lo fisionómico.

Los biólogos no han fijado su atención en un hecho al cual atribuyo singular importancia y que no excluye ninguno de los factores señalados como causantes de esta diversidad. Este hecho es la influencia que

sobre la evolución de los seres ha de tener necesariamente el número de generaciones que el germen haya atravesado y la fuerza proporcional de la hereditabilidad de los caracteres del padre sobre el hijo con relación á los años que lleven de arraigo en su organismo.

Esta observación es transcendental; pues, si siguiendo el cálculo de Schmit, atribuímos a la especie la edad de trescientos mil años, á la aparición del lenguaje cien mil y diez mil al fenómeno religioso (1), y suponiendo que existan primogénitos por primogenitura ininterrumpida engendrados por padres de veinte años, y postremo gñitos engendrados por padres de cuarenta años, tendremos que algunos de nuestros coetáneos han atravesado más de 30 mil generaciones y otros la mitad, por lo cual, bajo este aspecto, y dando como equivalencia de tiempo la generación, unos nacen con ciento cincuenta mil años de retraso físico, con cincuenta mil de retraso psico humano y con cinco mil de retraso psico-religioso, debiendo predominar en cada uno de ellos el tipo de su época.

Tomando como «norma específica» la mayoría central, ó sea la masa llamada *común*, y promediando estas diferencias, tendremos que por este concepto el desarrollo religioso presente está veinticinco siglos, el psíquico doscientos cincuenta siglos y el físico setecientos cincuenta siglos equidistante del extremo máximo ó ínfimo, esto es, que hay monstruos que viven con este retraso con respecto á la *clase media* y gentes que viven con un adelanto igual. Como sería casualidad que al lanzar sobre el tablero las piezas del ajedrez quedasen todas colocadas en su sitio, así sería casual que se diese el tipo extremo, en cuyo caso debiéramos buscar su razón en las secretas leyes de la simpatía y selección espontánea; pero si no existen esos tipos extremos perfectos, existen los intermedios, con la variedad y gradación que acusan los caracteres físicos y psíquicos, desde el volumen de la capacidad craneana al desarrollo del sentido altruista, tan difíciles de clasificar en sus apariencias sensibles como son difíciles de clasificar las complicadas causas de cruzamiento y selección. Lo cierto es que conviven entre nosotros el *genio profético* de tiempos y edades futuras, propulsor de la sociedad, reformador impetuoso, que se halla encadenado á la sociedad como si estuviese agarrado de una rémora que le impide todo avance; y la esfinge vieja de tiempos pretéritos que se siente arrastrada por la fuerza de la masa á la que siente como furia desatentada poseída del vértigo de la novedad que espanta á la esfinge. El hijo de joven ha de nacer joven; el hijo de viejo ha de nacer viejo; el linaje de los viejos ha de hallarse en lucha con el linaje joven, tomando como locura sus intrepides y entusiasmos febriles, que no pueden sentir los que llegaron decrepitos á su ancía. Quedo presintiendo algo de esto, dejándolo expresado en su hermosa frase: «jóvenes viejos, y viejos jóvenes». El niño de tres años insinúa ya en sus facciones la edad de los padres al engendrarlo.

Aplicando estos principios á nuestro estudio en los pueblos de *unidad religiosa*, tendremos que están forzados á adaptarse por igual al grado psíquico que presupone la religiosidad y el ministerio religioso común, lo mismo el individuo *retrasado* que el *anticipado*, de lo cual proviene esa inmensa zona mental en uno de cuyos extremos están el teólogo empuente y el vidente profeta, y en el extremo contrario el analfabeto que profesa la *fe del carbonero*, y aun el idiota que sólo aprendió á estar de rodillas é inmóvil; en lo altruista veremos la convivencia de colegio entre el rufián Calvino, feroz como un Torquemada, el gazmoño Loyola, verdadero Rull de la policía inquisitorial, y el candoroso Serve, encarnador del sublime espíritu humano y religioso; en Saint-Etienne, comulgan en la misma mesa el víctima, el alguacil y el verdugo.

Esta aparente amplitud uterina de la Iglesia en la cual caben pacíficamente Torquemada con las manos manchadas de sangre caliente, y Camilo de Lelis con los dedos húmedos del pulso del leproso, besando uno al Papa en la mejilla derecha y el otro en la izquierda, es uno de los misterios católicos que intriga á los protestantes y á cuantos tratan de examinar la psicología eclesiástica. No es tal amplitud de seno maternal, sino extensión del tráfico clerical; es la *agencia universal* de Monipodio, que lo mismo se aprovecha del reclamo del santo que del puñal del rufián; el uno atrae las víctimas, el otro las desbaila.

La doctrina de la hereditabilidad tiene

(1) Todos estos cálculos son indicativos y no definitivos. Tanto la religión como el lenguaje, como todas las elevaciones progresivas, pueden consumir largos períodos de su aparición hasta su predominio general como carácter de especie, sin contar los intentos fracasados de los genios superiores á sus tiempos.

como principio que, en igualdad de circunstancias, ambientes, la energía proyectil de los gérmenes hereditarios guarda proporción física con el mayor ó menor tiempo que lleva de arraigo en el linaje. Según esta ley, considerando al clericalismo como fenómeno de corrupción religiosa y la idea religiosa como fenómeno de una sociedad relativamente avanzada muy posterior á la formación del lenguaje que sirve de principal vehículo á la religión social (*fi les ex au diti: quomodo audient sine predicante*), tendríamos que la energía proyectil del germen clerical por razón de la hereditabilidad, guarda con el germen religioso y racional una proporción aproximada de 1=2=5; esto es, que un grado de razón bastaría para destruir 5 de clericalismo, y uno de religiosidad equivaldrá á 2 de estos; y en cuanto la religiosidad es por su génesis lógica una continuación de la razón, sus elementos son homogéneos y se suman contra el otro.

Este hecho se comprueba por la historia y por la observación diaria, en aquellos clérigos que fueron al clero impulsados por la devoción hereditaria, por su religiosidad y luego por convicción científica: este es el que conserva la *santidad sacerdotal* mientras no se ilustra su razón y conciencia con aquella *pubertad* de que hablamos en otra carta (1); está en el clero, pero no es clérigo, á la inversa de otros que son clérigos letrados sin estar en el clero (v. gr. Veuillot, Noceda, Vindorst y sus secuaces). Los tipos honradamente morales y sinceramente religiosos, han ofrecido admirables ejemplos de reacción contra el clericalismo de sus tiempos. A ellos pertenecen J. remías, Zacarías, Daniel, Ecquieu y Cristo en los Judíos; Arrio, Sergio, los albigenses, Francisco de Asís, Savonarola, Vicente de Paul, Servet, Calasanz, y los puritanos y cuáqueros que en todos tiempos han protestado con carácter más ó menos vivo y con suerte varia contra la corrupción clerical. Estos son los santos que el clero oficial mata cuando puede, y á quienes canoniza cuando los ve triunfantes en la religiosidad del pueblo que pone más fe en ellos que en la Iglesia; que se apodera de sus cuerpos, si no los quemó, ó de sus famas si fueron quemados, para poder ir matando los vivos modernos á la sombra de su escarnecida veneración por los muertos. Cristo fué matado en nombre de J. remías el asesinado del clero; victorioso Cristo en la conciencia humana, el clero judío y romano se apoderaron de él para matar á los cristianos. El pecado de todos los ejecutados por el clero es siempre uno solo y el mismo: el comparar al clérigo con el sacerdote: el que dijo que el Papa rodeado de su corte se parece á Cristo como Ravael al zar de Rusia, jese es el hereje! el reo de muerte!

Este clérigo, seducido cual la doncella virgen de alma nacida en el lupanar inconsciente de su deshonra como la heroína de *La Escoria* de Gorki, si la Iglesia no acertaba á mantenerle en continua distracción que le impide reflexionar (2), reacciona con frecuencia por espontaneidad de su conciencia religiosa, de su conciencia cristiana y de su razón honrada. A ellos debe la sociedad moderna la emancipación de gozo, Lull, Arnaldo de Villanova, Sebeydo, Pedro de Osma, Bacon, P. racelso, Melancton, Luis Vives, Cisneros, Feyjó, Voltaire, Pascal; todos pertenecen á este género de reactivos por espontaneidad reflexiva.

Dentro de las Ordenes y dentro del clero, son infinitos los que se hallan en un grado más ó menos franco y pronunciado de reacción, según con lágrimas de tigre decrépito y con planidos de pantera sabia lamenta José Sarto (en el claustro eclesiástico Pio X) en su enciclica contra el modernismo que es la gran reacción anticlerical hecha por reflexión de la conciencia honrada, religiosa, cristiana y católica, contra el embuste clerical.

Pero estos clérigos honrados y religiosos no componen todo el clero (3) sino una parte de él; entre ellos están el clérigo-necio y el clérigo-apache, de los cuales vamos á tratar, comenzando el análisis del problema tan magistralmente planteado por Guerra Junqueiro en su artículo *Cómo se fabrica un monstro*.

El clérigo-necio y el clérigo-apache pueden hacerse por espontaneidad ó por artificio. Cualquiera necesidad basta para inducir al hombre y más al niño á desear ser clérigo: el instinto imitativo, el deseo de *lamer el cáliz* (frase clásica canónica), de llevar enaguas bordadas ó otra sujeción cualquiera que actúe sobre el individuo bien interiormente, bien por medio de la familia, como en el caso de Guerra Junqueiro. El apache procede igualmente de su propio impulso morboso ó del impulso morboso de la familia, poseída de celo furioso, de ambición innoble, del espíritu rufanesco ó de algún incentivo que luego veremos. El sistema de cultivo influye en el arraigo ó transformación de estos caracteres; en los seminarios es frecuente ver al apache convertirse á profunda religiosidad, y al que

entre religioso trocarse en impio cínico. Si no muero antes, ya iremos estudiando estos milagros de las tres gracias clericales.

Entre los necios figuran los segundones y tercrones degenerados de las casas grandes, que *meten á cura* ó *á monja* los hijos que les salen tontos como si los metieran en el Hospicio. Suelen parar en canónigos de gracia, por gracia del diputado, del cacique, del ministro ó de sus queridas. No hay que hablar de ellos: pertenecen psíquica mente al linaje antropoide; no han llegado á la edad del *Homo sapiens*, y han quedado en la del *animal bipedo imitum y luto*.

Los apaches están reclutados de aquel otro linaje del hombre pre-social, que, continuando virgenes de moral y limpios de altruismo, han perpetuado su raza á través de los siglos, adaptándose á la presión social sin desfloramiento de aquellas virginitades. En ellos encuéntrase los gérmenes del celta, del huno, del godo, del romano, del cartaginés y del tártaro históricos que conservaron la herencia, poco modificada en el fondo, del hombre prehistórico aquel de las cavernas en cuya época se estaba caracterizando el hombre social y el antisocial, es decir, el hombre amigo del hombre y aquel otro «lobo para el hombre», ó sea el apache primogénico.

Allá en la época antes de los dólmenes existía ya el apache, que huía de las fieras y acechaba al cazador, con quien se juntaba para despojarle por sorpresa, arrebándole el fruto de la caza; el que aprendió del cuco á hacer hijos y á depositarlos en el hospicio del nido ajeno; el que renegó de la caga del matrimonio con una mujer de juventud pasajera para violar con la fuerza de la seducción á la doncella y á la esposa; el que merodeaba alrededor de la choza humana viviendo de la rapina; el que se vestía de la máscara de hermano de linaje para asesinar; el que, ora se agacha como reptil exhibiendo lastimas, atacado al altruista, ora se yergue como el oso de las cavernas para estrangular al débil; el que se viste lo mismo de fraile mendicante que de inquisidor fulminante; el que ha hecho *voluntariamente y perpetuo* de ser zángano social, eterno parásito, apache impenitente, sacando provecho de todas las circunstancias y posiciones.

Este apache hijo de aquellos siglos, si nace en un círculo militar, se hace espartano de bolsillos de muerto (el Tenardier de Víctor Hugo); metido á político, se da al chanchullo; industrial, adultera los géneros; de comerciante, gitaneja; de banquero, estafa; en medicina, se hace charlatán; en el dominio, tiraniza; el negro, el proxeneta, el rábula, el ratero de todas cataduras, explotador de hijos cuando es padre; verdugo de la mujer, si es esposo; apache en todos los amores y aficiones; el que de niño sabe mendigar y lloriquear y mentir, de joven sabe emborrachar al camarada y quitarle la novia; el que se codea con los de arriba ó insulta á los de abajo; el que vende la hija al poderoso y la niega al obrero honrado; el eterno mercader, el chupador del hermano, la metamorfosis paralela y progresivamente adaptada al ambiente del hombre de la rapina y de la antropofagia vestidas á la moda del país en que se halla.

Este tipo metido á clérigo es algo sobrehumano. El antiguo cazador de hombres, el *homo-lupus*, el «pescador de hombres», hace cebillo de su arpón antropofágico y arma cloroformica de su rapacidad antiquísima, primitiva y selvática, los supremos argumentos de la metafísica religiosa: la ciencia y la religiosidad son las muelas donde afila sus cuchillas incisivas; la mogigatería es la piel inocente que le sirve para armararse; tapa su avaricia rapaz privada con el voto de pobreza; su erotismo priánico con el voto de castidad; su infinita ambición con el voto de obediencia; su supina ignorancia con el doctorato por Toledo; apache en nombre de Dios, de Cristo y de la religión; para él el título de clérigo es una patente concedida para el corso universal; cada sacramento es una espera para el timo piadoso. Es algo horriblemente sublime; el apache-clérigo es el rey de los apaches; el apache-jesuita es el rey de los apaches-clérigos; *non plus ultra*. Si Dios se hiciese diablo, no diablería mejor; si el diablo se hiciese Dios, no sería más diablo.

Mucho más podría decirse, y muy bueno; pero sólo pondré la prueba de psicología experimental al alcance de todos los españoles.

¿Veis á ese que se llama sacerdote religioso, ejemplo vivo de Cristo el mártir, el paciente y el amoroso, el que tiene por misión encarnar dentro del cuerpo humano la religión, la santidad y la redención? Pisadme un callo, tiradme un pelo de la barba, decidme «malos ojos tienes», y le veréis arrojar el capisayo de la redención, arremangarse la sotana de la religión y tirar el bonete del sacerdocio, olvidándose de su propia reverencia para sacar de la vaina de su teología los insultos más groseros, las insinuaciones más malignas, las argucias más envenenadas para cargar contra su ofensor, difamarle, prenderle, atarle, secuestrarle, torturarle, arrancarle en el potro la confesión de criminal, hacerle firmar su propia sentencia, desnudarle, pasearle en verga nudo sambenito, quemarle vivo entre muercas de

escarnio piadoso, aventar sus cenizas, infamar su nombre... ¡y todavía no está harto, todavía necesita más, y coge imaginariamente su alma y la sepulta en el infierno de su odio infinito!... Esto cuesta una ofensa de obra, de palabra ó de pensamiento inferida á ese cristo-fraile que al golpe de un agravio salta de la cruz y se trueca en el horrible antropófago que ha llegado de asesinatos el mundo y que se entrega á la saturnal fantástica de contemplar la hoguera infernal donde son azañados y comidos de chacales sus ofensores, cantando en procesión de monjas y frailes el *Alvaya*. ¡No! no llegó á tanto el menudo caletre del apache de las cavernas: para llegar á este grado de ferocidad infinita era menester el antropófago ¡jerto en teólogo, capaz de saber lo que significa la palabra eterno, y la Muerte-Inmortal.

... porque este germen es el infimo de la escala psíquica y mucho más viejo que el germen racional y el religioso, por esto, al fusionarse como espermatozoide en el óvulo eclesiástico, produce este clérigo de votos solomnes de holganza, de fariseísmo, de irracionalidad, de impiedad y de inhumanidad: el clérigo *ab ovo* y *a semine*: clérigo él, su padre, su abuela y toda su parentela. Este es el poseso del demonio aquel de quien Jesucristo (de acuerdo con Nakens) dice que sólo sale del cuerpo á fuerza de ayunos y de palos: es el diablo-marrajo.

Señor Maura: cinco muertos y veinte heridos causaron las bombas de Barcelona en estos diez años. Para vengarlas y prevenir nuevas males, ¿cuánto desarrollo, cuánto discurso, cuánta contradanza política!... Compare á la luz de una razón tranquila y libre de telarañas, y vea si hay bombas como éstas, víctimas como éstas y peste como ésta. A su conciencia apelo; seame ella mi testigo y exijale ella cuentas de lo que pudo hacer y no hizo, de lo que hizo y no debió hacer, y á los de su linaje pidan cuenta las generaciones futuras. Que si la pedirán.

S. PEY ORDEIX

LA EMIGRACIÓN

II

En el período 1889 90 la emigración absoluta y la relativa, (por cada 10.000 habitantes) fué como sigue:

	Cifras absolutas.	Cifras relativas.
1 Francia.....	86.100	2,4
2 Austria-Hungría.....	428.600	11,0
3 España.....	367.500	20,9
4 Italia.....	652.200	23,1
5 Suiza.....	82.200	30,0
6 Alemania.....	1.362.400	30,1
7 Portugal.....	160.200	35,2
8 Dinamarca.....	77.300	35,5
9 Holanda.....	387.000	58,0
10 Suecia.....	362.600	63,4
11 Inglaterra.....	2.566.600	72,8
12 Noruega.....	159.900	83,1
TOTAL.....	6.699.000	

Con relación al decenio anterior el incremento por 10.000 habitantes fué:

Portugal.....	—	1,0
Italia.....	+	0,8
Austria-Hungría.....	+	1,4
Francia.....	+	1,8
España.....	+	10,7
Dinamarca.....	+	11,5
Suiza.....	+	17,5
Alemania.....	+	18,9
Suecia.....	+	27,4
Holanda.....	+	28,1
Noruega.....	+	39,6
Inglaterra.....	+	42,5

Como estas cifras no dan idea aproximada del crecimiento de la emigración, independientemente del incremento natural de población, el siguiente cuadro indica el aumento ó progresión por 100, tomando las cifras absolutas:

Portugal.....	9
Italia.....	12
Austria-Hungría.....	65
Dinamarca.....	85
España.....	113
Noruega.....	117
Suecia.....	124
Inglaterra.....	152
Suiza.....	164
Alemania.....	194
Francia.....	276
Holanda.....	277

Y nada más por hoy, sino repetir la recomendación del número anterior.

J. J. MORATO

La herencia del negro

Ya han hablado todos los periódicos liberales de la herencia del negro.

Un hombre de color, como ellos se dicen, dejó 900 millones de reales, que ahora

están en litigio, por reclamarlos á los Escalapos de Madrid el que se juzga legítimo heredero de esas millonadas.

Podrá ó no podrá ser cierta la usurpación en el caso presente; los Tribunales decidirán. Pero captaciones como esas son el pan nuestro de cada día, ó el pan suyo, de las comunidades religiosas, para años y siglos enteros.

Y si es verdad que la herencia consiste en tantos millones, y se ha transferido indebidamente, más parece hazaña de clérigos que de seglares. No hay un hombre civil en España que cargue con tanto; sólo pueden hacerlo los que pecan y tienen facultad para absolverse á sí mismos.

A los seglares les saldría cara la absolución y no les resultaría el negocio.

La España inquisitorial

El tormento en las cárceles

Por lo visto, la pena de muerte es un castigo insuficiente. La perspectiva del patíbulo no intranquiliza lo mas mínimo á los que están á punto de entablar relaciones de aproximamiento con la hoja que ha de segarles el pescuezo. Ni les quita el sueño, ni les hace imposible conocer que por muy cercana que esté la muerte, aún quedan otras fatigas y otros dolores de que gozar.

Tal vez por eso, y para afirmar de manera rotunda la ineficacia de la última pena, allá en Girona se amarra á las paredes á los condenados á muerte, y se les apalea lo mejor y más fuerte posible. Nada más saludable que las iniciativas, y esta es una de las pocas que merecen anotarse como derivados de nuestro excelente modo de ser.

No porque la muerte esté cercana se ha de prescindir del conocimiento de otras penalidades que aun quedan para escarmentar á los escarmentados. No porque se le destine á un hombre á la guillotina, precisa y es necesario alejarle de toda atadura y privarle del hondo placer que proporciona un buen estacazo multiplicado por ciento. Hacer otra cosa sería cometer un absurdo y sentar precedentes poco legales para el castigo extremo de un reo.

Poco importa que los timoratos se escandalicen y encoraginen. No porque sinteticen la opinión pública se les ha de hacer caso con manifiesto detrimento de la justicia. Si existen los castigos es para ser aplicados, no porque *deban* serlo. Y si se aplican, y con muy buen acuerdo se les añade ciertas modificaciones, ¿por qué chillar?, ¿por qué escandalizarse? Todo ello redundará en beneficio del que emplea la persuasión de la horca y el razonamiento del garrote.

Sopenhauer, momentos antes de morir, dijo que un condenado á la última pena no «es una persona». ¿V cómo contradecir al hombre que tantas tonterías dijo en vida?

El Radical de Valencia

Palo y escupitajo

¿Sabe usted lo que le digo, compañero Cabello Sánchez, director de *La Justicia*, de Toledo? Que ya se conoce que es usted joven y está poco fogueado en lides periodísticas. ¿Cómo, si no, tomaría en serio lo que dice el papel caruncado de esa localidad al tratar de defender al marista Eugenio, corruptor de niños?

A esa gentuza no se le hace caso nunca. Se le sueltan dos trallazos en el lomo, resguardándose para no recibir una coz, y jarre Carlos Chapa!

Siga usted tan valientemente como hasta aquí trabajando porque la verdad resplandezca, y riase de insultos y amenazas.

Hay personas que no pueden ofender a nadie, entre ellas las que hacen un oficio de la religión.

LOS HÉROES

A mí el Cid y Juana de Arco, maldito si me causan el más mínimo entusiasmo, por la sencilla razón de que, aunque hicieran las proezas que de ellos se cuentan, esas proezas las considero atrocidades que tienen por causa un sacudimiento nervioso ó un latigazo de fanatismo. Lo que realmente me asombra, me entusiasma, me hace amar á la humanidad, es el heroísmo oculto, tranquilo, perseverante, que no espera ni ambiciona coronas, que ignora apoteosis y que se ejerce para saborearlo en el secreto silencioso de la conciencia.

El héroe falso está deseando acabar el acto heroico para que venga el aplauso, porque la dulzura la encuentra en el aplauso. El héroe por naturaleza se queda en el ejercicio del

nerosismo y no pasa de allí, porque el heroísmo es su alimento, su recreo y su vida.

Cánsame las mujeres disertadoras de las virtudes y cualidades femeninas, é inspíranme respeto las que saben pasarse la vida viviendo para los demás, siendo calor y dicha en el hogar, llorando penas ajenas y siempre sacrificándose y siempre derramando bienes y si impre dando cariño.

E fadanme los apóstoles enfáticos de la moral, hilvanando períodos, declamando tropos y deslumbrando con pirotección retórica, y énanime de admiración los que vibran ante los infortunios del prójimo y no se detienen un momento en la disyuntiva de una mala acción ó una catástrofe, porque se lanzan en la catástrofe sin pestañear.

Veo impasible á los radicales ó retógrados que vociferan, banquetean y alborotan, y caen de rodillas ante los luchadores que han ofrecido y ofrecen la vida entera por el triunfo de un ideal.

Estoy viendo un día y otro día que la sociedad humana es un conglomerado de imbeciles y de egoístas, sentir siempre el vacío en rededor, advertir la sonrisa del desdén cuando se entrega el corazón, darse perfecta cuenta de que se están que nando las energías de la existencia en holocausto de multitudes incommovibles, tender la vista por el camino andado y no ver una flor, mirar hacia delante y no descubrir más que arena estéril y, sin embargo, seguir andando sin vacilaciones ni desalientos, bebiendo dichas en el culto del bien, cogiendo flores en el cultivo de la verdad y embriagándose en el manantial de la justicia, ese es el heroísmo que merece altares, el de los hombres grandes, el de los que nacieron en la raza titánica, el que no pueden vislumbrar siquiera los reptiles pegados en el fango...

En el secreto de un gabinete obscuro están, á veces, las almas que han de cambiar la faz de toda una generación, que han de señalar nuevos rumbos históricos ó decidir el pleito gigantesco de la luz contra la obscuridad, de la libertad contra la tiranía, de la moral contra la depravación. No os asustéis ni os regocijéis cuando aparece en vuestro campo ó en el contrario algún brillante caballero armado de todas armas, haciendo caracolear indómito y pifante corcel y blandiendo tajante y deslumbradora espada. Estremeceros de placer ó de espanto cuando sepáis que en el subterráneo de la abnegación y del sacrificio trabaja un héroe de esos con voluntad de hierro y corazón de oro, porque dentro de poco, y poco en la vida humana son cincuenta ó cien años; va á venir una explosión de las que pulverizan tronos y lanzan á las nubes ciudades, templos, civilizaciones...

Son los hombres que pasan por el mundo sin llevar á los labios la copa del placer y de la gloria, pero que cuentan con la vara mágica de Moisés para hacer brotar torrentes de placer y de gloria; son los sanzones que se dejan aplastar por el templo de Dagon y romper así las cadenas de todo un pueblo esclavizado; son los Cristos que ven dormir estúpidamente á sus discípulos mientras ellos se entregan valientemente á la conquista de la libertad y de la redención.

No miremos, pues, á los que arriba meten ruido, sino á los que abajo laboran. No abandonemos á los héroes; busquémoslos en el retiro, en el trabajo, en la modestia para honrarlos, para abrazarlos, para besar su mano, para morir con ellos...

PEDRO CRESPO

"Las tardes del Sanatorio"

El señor obispo de Huesca ha condenado un libro. Como es natural, he buscado el libro. Ha tenido razón el señor obispo de Huesca. Yo también he tenido razón.

Es un libro excelente, heterodoxo, que no hace la apología de la Moral ni las buenas costumbres. Su autor, D. Manuel Bescós Al mudévar, le firma con el seudónimo *Silvio Kossli*. En verdad, hubiera podido firmarle De Maistre, si no hubiera muerto, y si el autor del *Viaje alrededor de mi cuarto* hubiera tenido la moderna cultura positiva y el carácter franco y altivo de Bescós.

¿Cómo puede ser bueno, se dirá, un libro que no acata los principios admitidos como fundamentales de la Ética? Puede serlo cuando hace pensar y sentir hondo, lo cual vale más que todas las pudibundeces arbitrarias y todas las honestidades hipócritas.

La Moral no existe. Las cosas son justas ó injustas, verdaderas ó falsas. Cuando son verdaderas y justas, son morales. Sólo hay una especie de blasfemia, dice en su libro *Silvio Kossli*, lo que no es conforme á la Naturaleza.

Por esto, que no por inmorales, separaría yo de tan hermoso libro las páginas en que se describe la triste escena de la mujer, el orangután y el marido degenerado y lúbrico. Las demás son dignas de un gran escritor, que sabe que es preciso ser bueno y honesto, no por rendir tributo á reglas vacías de finalidad, sino por sentir el placer

exquisito de las cosas nobles y puras, reservado á las almas selectas.

Señor de cuatro ó cinco idiomas, ha procurado el autor de *Las tardes del Sanatorio* no desfigurar el nativo con palabras rebuscadas, arcaicas ó absurdas. Dice lo que quiere y sabe lo que dice, siempre con la dulce y benévola ironía de quien ha sufrido y ha acortado á elevarse sobre el nivel de la vulgaridad.

Si es verdad el progreso—y á fe que alguna vez hay derecho á dudarlo—esta literatura real, de cosas actuales y humanas, sucederá á la ficticia y baladí de novelas y cuentos. ¿Quién puede dudar que vale más *La isla de los pingüinos* que todas las narraciones románticas de E. Oriol, y aun que todos los cuentos erótico sentimentales de los literatos de nuevo cuño? Tres cosas deben ser el asunto de los modernos libros: la vida, la vida y la vida.

Saludemnos en D. Manuel Bescós á un escritor de recto fuste. Por su libro ha pasado la vida: inmoral, ó moral, fiel ó heterodoxa, pero palpitante, caliente, risueña unas veces, otras, austera y lacrimosa; mas siempre hecha carne, sano, su stancia, nervios, todo lo que el digno preado de H. B. considera vital y lo que—con el mayor respeto á su Reverencia Iusurísima—es lo único que puede y debe interesar á los hombres.

ANTONIO ZOZAYA

Cura arrepentido

El día 7 del actual pasaba por la Puerta de Purchena (Almería) un entierro, cuando el obrero Antonio López Muñoz se encontraba sentado en un carillito de mano con el que se gana la vida.

El presbítero Diego Martínez le invitó por señas á que se descubriera; contestóle que no se descubría ante su persona, pero sí lo haría cuando pasase el cadáver en señal de respeto. El cura llamó á un guardia, ordenándole que prendiera al obrero bajo su responsabilidad, como así lo hizo.

Indignadas las personas que presenciaron el suceso, se reunieron en número de ciento y pico, y fueron al Ayuntamiento á pedir la libertad del detenido. ¿Y á quién creen ustedes que se encontraron allí? Al cura denunciador hablando con el obrero, diciéndole que le perdonaba y dándole unos cigarrillos y dos reales.

Para comprender la sinrazón del clérigo, lo bruto que había estado y el temor á lo que pudiera sobrevenirle, basta el último dato.

¿Cualquier día suelta un cura dos reales á un prójimo á no ser para ganar veinte ó evitarse un gran disgusto!

Noticias religiosas

De entre ellas tomo esta, referente á cierta comunidad, que después de una solemne fiesta, da á los pobres morcilla.

Antes se les daba á los perros; ahora se los sacrifican con arreglo á los adelantos de la ciencia. Y puede que, andando el tiempo, las comunidades religiosas hagan en beneficio de los pobres otra aplicación igual: en vez de morcilla, gas metílico; en la variación está el gusto. Pero los resultados son siempre mortales.

Otra noticia.

«En la iglesia de la Casa de Beneficencia, la Esclavitud del Santísimo Ecce-Homo, los días (tales y cuales), celebrará misas de difuntos y en honor de la Preciosísima Sangre de Jesús, respectivamente.»

Tan falto de gramática como sobrado de mayúsculas anda el suelto religioso. Y la sínderesis, el Dios de ellos se la dé. ¿Qué cosa tan rara le parece á uno el catolicismo cuando por casualidad se tropieza con sus monsergas y términos endiablados!

Y si á esto se agrega la operación de sortear medallas dentro del templo al acabar la misa, como sucede en la iglesia de largo título, antes copiado, es para desear que vuelva Jesús con los azotes.

Amén, Jesús.

El perro judío

Había en Villavieja un mendigo extraño. Era el más triste y sombrío de todos los mendigos de Villavieja. Jamás le había visto nadie pedir limosna á la puerta de un teatro, de una iglesia ó de un café. El estaba siempre junto á la fábrica de tornillos de Pérez, con su raído casquete, con su chaquetón pardo, con sus calzones amarillos, llenos de remiendos y atados á la cintura con una cuerda. Sus ojos azules, de ordinario apagados, muertos como los de un ciego, se alumbraban á veces con ardientes llamaradas, con fulgores siniestros, relámpagos de protesta y de rebeldía. Una barba rubia rala

é hirsuta daba á su rostro flaco y verdoso un aspecto singularmente humano. Pegado á la pared de la fábrica, con las manos hundidas en los bolsillos enormes del chaquetón, pasaba las horas tosiendo. Era su tos eterna bronca y lúgubre, una especie de lamento, de quejido dolorosamente prolongado.

Jamás le había visto nadie tender á los señores que pasaban su mano para que le pusieran en ella una moneda de cinco céntimos. Antes se la dejaría cortar. Aceptar limosna de los ricos le parecía una humillación, un envilecimiento repugnante y monstruoso. No! También él había sido rico sin la traición que le había hecho la vida, y hubiera sido amado por una de aquellas mujeres provocativamente hermosas que pasaban recogiendo la falda de seda sin quida para evitar el roce de sus harapos, y hasta hubiera dirigido á aquellos hombres orgullosos de su salud y su poder que le moraban en piedad fingida. El buscaba la limosna de los ricos, de aquellos á quienes, como á él, la vida había hecho traición. Era una limosna que no envilecía, que no humillaba.

Los obreros de la fábrica rejararon pronto en el extraño mendigo. Algunos se pararon á hablar con él. El les contó su historia, una historia insignificante y triste. La historia dolorosa y vulgar de todas las víctimas del trabajo. Era alemán. Había sido obrero aventajado en su patria. Se había trasladado á España con otros compañeros, contratado para trabajar en una industria que los obreros del país desconocían. Mientras pudo trabajar lo fué bien. Luego enfermó y fué despedido. Se veía obligado á pedir limosna. Los obreros simpatizaron con él. No era mendigo profesional, un pordiosero de oficio. Era un camarada á quien había que socorrer. La limosna al alemán llegó á ser considerada por los trabajadores de la fábrica como una carga de justicia.

Era un día de paga. Arriado á la pared de la fábrica, con las manos hundidas en los bolsillos enormes del chaquetón, el alemán tosía. Los obreros iban á salir pronto. ¡Retírese usted!—dijo una voz aguardentosa y áspera, brutal. El alemán alzó la cabeza y vio á un polizonte. —¿No sabe usted que está prohibida la mendicidad en las calles?—añadió el guardia, cogiendo al mendigo por un brazo le condujo á su domicilio, del cual tomó nota. Al marchar se dijo:—Ya se verá lo que hace con usted la junta parroquial. Entretanto, ¡espero!

El alemán cenó aquella noche como pudo. Al siguiente día fué visitado en su desván por una comisión, al frente de la cual iba un curita que se parecía como un huevo á otro al polizonte de la víspera. El curita habló:—Se había constituido una asociación de caridad. No se podía mendigar en la vía pública. Al alemán le correspondía ser recluido en el establecimiento X. Allí tendría comida, cama, ropa, todo lo que necesitase. —El mendigo asentía con la cabeza. Iba á estar como un príncipe. El curita siguió hablando:—Tendrá usted de todo, absolutamente de todo. Pero será preciso que usted cumpla escrupulosamente con los deberes de nuestra sacrosanta religión. Comulgará usted cada mes, oirá usted misa todos los domingos y días de fiesta, rezará usted todos los días el santísimo rosario... —El mendigo hizo un gesto de disgusto. Sus ojos azules se alumbraron con un fulgor extraño. Meneó la cabeza y dijo:—No, no acepto! El pobre diablo era librepensador.

La comisión se fué. El mendigo quedó sentado en un rincón de su desván. Ya se arregaría, ya irían á buscarle los obreros de la fábrica. Pero los obreros no llegaban. Se figurarían tal vez que el alemán había muerto. Pasaron dos días, tres, cuatro; el mendigo había agotado todas sus provisiones y los obreros no parecían. Pasaron otros dos días. Sin duda el alemán había muerto, ¡pobre camarada! Pero el alemán vivía, si al suyo podía llamarse vivir. Y no pudiendo resistir ya el hambre, salió. Era una hermosa mañana. Se dirigió lentamente hacia la fábrica; por fin iba á ver á sus compañeros. Y cuando ya estaba cerca, muy cerca... ¡Retírese usted! dijo una voz aguardentosa y áspera, brutal. Era el polizonte de marras. El mendigo fué conducido de nuevo á su desván.

Pasaron algunos días. La portera de la casa, al barrer la escalera alta, observó que en el desván del mendigo no se oía ruido alguno. Llamó á la puerta y el mendigo no respondió. Llamó otra vez, otra vez aún, y nada... Empujó violentamente la puerta, que cedió pronto. ¡Dios mío, lo que allí había! El mendigo se hallaba colgado de una viga por el cuello. Se había ahorcado con la misma cuerda que le servía para atar á la cintura los calzones amarillos. La portera se disponía á dar parte cuando llegó la comisión de la asociación de caridad con su curita al frente. Todos se miraron atónitos. La portera rompió el silencio:—¡Ya me parecía á mí! ¡Era un perro judío! El curita de cara de polizonte miraba al mendigo con ojos espantados...

ALVARO DE ALBORNOZ

¿Ande la competencia!

Los altos funcionarios del Vaticano están disgustadísimos por las rivalidades que existen en ciertas Asociaciones católicas.

Como éstas se dedican al tráfico místico

industrial desafortunadamente, ya se empiezan á tocar los efectos de la competencia. Y lo que te rondará.

El *trust* del chocolate bajo la advocación de San Jerónimo; el monopolio de la r. pa blanca con el marchamo del Cristo de las Enaguillas, todo esto y otras cosas peores hemos de ver. ¡Y qué de peleas, de ardidés, puñadas y pescozones, por si un establecimiento vende más que otro! Hasta que todos se arruinen, haciendo un espantoso *crac*.

Ya me estoy relamiendo de gusto, sólo de pensarlo..., como se relame un cura cuando tiene la seguridad de catequizar (seamos pulcros) á una buena hembra.

De la cuarta plana

Leo en una escuela fúnebre y al mismo tiempo de «gloria»:

El niño
Fulano de Tal y Tal
subió al cielo.

Y enseguida:

Sus desconsolados padres...

Tener la seguridad de que su hijo goza la eterna bienaventuranza y desconsolarse por esto mismo, sería el colmo de la maldad si no lo fuera de la estupidez.

Pero en la esquentia, como en todas las de su clase, hay todavía otro colmo. «Los padres y demás parientes encomiendan á Dios el alma del niño», que ya está en el cielo y en buenas manos.

Vamos, que Dios para estos señores es como una niñera ó un ama de cría:—Tenga usted cuidado; dele usted la teta; no me lo estropee usted.»

Y estas cosas se anuncian en la cuarta plana de los periódicos, encabezándolas con un querubín, junto á los específicos para estropear el estómago, y á precios convencionales.

Es natural: cuestión de fe y de ochavos todo ello.

Célibes forzosos

La ola de cieno amasado con lujuria que infesta colegios y conventos, se desborda y salpica á todas las clases sociales, realizando una obra corruptora que anulará las más bellas cualidades de la generación futura. No pasa día sin que la crónica oscan talosa registre hechos punibles realizados por hombres que tienen la santidad por oficio y el magisterio del espíritu y de la mente por misión. En el profesorado laico no se dan los escándalos repugnantes que manchan las aulas de los escolapios, maristas, hermanos de la Doctrina, de San Juan de Dios, terciarios, capuchinos y de numerosas comunidades de monjas. Lesbos y Sócrates se han calado un hábito, y las aberraciones helénicas resurgen avivadas por la mística católica y el erotismo conventual. El caso de los maristas de Toledo vuelve á poner sobre el tapete estas cuestiones jamás estudiadas y analizadas con valentía por la Prensa liberal, que también tiene sus pudores averiados de beata vieja. Y puesto que ahora está en boga la *psicología eclesidástica*, estudiemos un poco esta materia con llaneza de frase y de concepto. No es un misterio para nadie que la castidad absoluta en un ser sano y normal es un absurdo fisiológico. La monja y el fraile, lo mismo que el seminarista, pueden entrar de buena fe en su estado, y de buena creencia podrán ser castos y hasta prometerlo con la solemne fórmula de un voto. De esa castidad prometida son enemigos jurados las lecturas, la imaginación, los ejemplos, las malas compañías, la propia naturaleza y sobre todo la abstención llevada fuera de sus justos límites.

En el estado laico existen hombres más castos que en el religioso á pesar de vivir entre las excitaciones de la vida mundana, y esto no solo en el hombre casado, sino en el soltero.

El laico cuenta como aliados para amortiguar los pinchazos de la concupiscencia con las luchas diarias de la vida, la inseguridad del pan que come, los disgustos de familia, el trajín diario de su empleo, las angustias y cavilaciones de una posición incierta, el apuro roedor del mañana, las corptapisas sociales de elase, cultura, educación, etc., y sobre todo, el saber que puede satisfacer sus caprichos cuando pueda, quiera ó le convenga.

El trabajo corporal consume energías y fuerzas, enfría la sangre y enerva los músculos; la labor intelectual corta las alas á la imaginación y altera el equilibrio nervioso, que llega al término de la tarea con ansias de descanso y sosiego, no con brios indómitos para lanzarse al campo de la sensualidad.

Para los placeres carnales está más apto el obrero manual que el intelectual. Un jornalero, un campesino serán siempre más impetuosos que un hombre estudioso entregado al cultivo de la inteligencia. Pueden

den señalarse excepciones; pero estas no son manifestaciones naturales sino estados morbosos á los que hay que aplicar otros principios y reglas.

El fraile y la monja comen bien, disfrutan de amplia y confortable vivienda, su vida es rutinaria y monótona, está exenta de todas las ansias, perplejidades y espinas que tanto atormentan al resto de los mortales. Tienen seguro el porvenir, les escuda una aureola de santidad, sus energías atesoran fuerzas ingentes no gastadas, su imaginación no está solicitada por cuidados y angustias, y sobre todo, y esto lo peor, tiene el aguijón del voto que les espolea con toda la intensidad de lo vedado poniendo ante sus ojos el encanto de todo lo prohibido.

Para luchar con tan formidables enemigos, el célibe por religión no cuenta con más baluartes y trincheras que su fe religiosa, y el espanto que produce en sus creencias la palabra *sacilegio*. Lucha más ó menos tiempo, pero cae, se levanta, vuelve á caer, hasta que se crea una regla acomodaticia para saciar su apetito sensual, amalgamándola con la más estricta observancia de los demás deberes de su estado. Se ha observado que el fraile ó la monja impuros eran los más observantes de la comunidad, y de aquí el escándalo, la incredulidad con que es recibida la revelación de sus trapicheos ocultos.

—El hermano tal ó la hermana cual haber hecho eso? Es imposible: era el más exacto cumplidor de las reglas, el más modesto, el más espiritual.

Esto se dice con frecuencia, y es cierto. Y es que el religioso corrompido, ó para mejor paliar su falta, ó para acallar las protestas de su fe religiosa pisoteada, se acoge con ansia febril á la observancia de otros preceptos, por difíciles que sean, que él lleva á la práctica con perfección y sin vacilar, eso sí, dejando siempre inocente y á salvo su apetito sensual.

Decidido el fraile ó la monja á satisfacer sus deseos carnales, aun cuando por disposición nata sean heterosexuales, sus miradas caen en lo que tienen más cerca, en lo más fácil, en lo que se puede ocultar mejor y evitar el escándalo, y aquí entran los alumnos y alumnas predestinados al papel de víctimas ó de cómplices.

Agotada la gama de los placeres solitarios, ¿por qué el fraile ó la monja no acuden á sus hermanos conventuales como colaboradores? Algunas veces se dan estos casos, pero son raros. La causa es la desconfianza, el recelo y el espionaje que existe entre estas gentes, que les retiene dentro de su ficción de personas perfectas, no decidiéndose por nada del mundo á participar á sus colegas sus debilidades y caídas. El cómplice, pues, se busca en campo ajeno, y en personas débiles, inocentes, sobre las cuales se ejerza autoridad, prestigio ó dominio, y otorguen al temor y al respeto lo que no concederían á la depravación genésica de estos célibes forzados.

Según Celesia, hay en todo varón tendencias y disposiciones á los amores homosexuales, á la manera que en todos existen vestigios somáticos del sexo opuesto (las testillas, por ejemplo). Estos gérmenes latentes se desarrollan en condiciones y ambiente favorables, como lo atestiguan los amores de colegio, cárceles y cuarteles. Los doctores Obici y Mascherini dan sobre esto datos muy curiosos en su obra *Le amicizie di collegio*. Gaznier, Chevalier, Moll, Binet, Krafft-Ebing, Lombroso, Penta, Ball y otros autores de psicopatía sexual, afirman que antes de la explosión de la pubertad, el hombre (y la mujer) son indiferentes á los amores hetero ó homosexuales, y todo depende de la educación, principios, derroteros ó sugestión que se dé á las inclinaciones naturales.

Esto explica el desarrollo ingente de la inversión sexual en los colegios y conventos, y del tribadismo entre monjas y alumnos. De modo que los corruptores religiosos cuentan ya de antemano con esta complicidad inconsciente de la naturaleza, que luego utiliza y amplía hasta llegar al crimen su desbordada lujuria.

Marchando unidos tantos elementos en contra de la inocencia de los niños, es una insensatez y una locura ponerlos al alcance de hombres y mujeres pletóricos de vida, y encenagados en las prácticas del más exorable impudor, que sólo buscan nuevas emociones que acalle los gritos de su celibato forzoso.

El maestro laico, casado ó soltero, es mil veces más moral que el religioso. Sus pasiones pueden satisfacerlas normal y licitamente cuando quiera, ya en el tálamo conyugal, ya en las aventuras venales. No necesita de las sombras, ni del misterio, ni distraer su apetito con capa de virtud y teorías místicas. Lo cierto es que el magisterio seglar no da estos escándalos, que son la crónica diaria de maristas, doctrinos y escolapios, ni jamás se ha tildado á una maestra de las nefandas prácticas de la monja la Motte, de París.

Los niños que se educan para padres y madres de familia deben entregarse en manos de los que viven la vida del hogar, pues sólo allí sus cuerpos y sus almas estarán al abrigo de las degradaciones del celibato. A pesar de esto, infinitos padres ponen á sus hijos en las garras del lobo monástico.

Y es que, como dicen en *Alma de Dios*, los hay voluntarios...

FRAY GERUNDIO

Lo que es la vida

La vida es el mal. La expresión última de la vida terrestre es la vida humana, y la vida de los hombres se cifra en batalla inexorable de apetitos, en tumulto desordenado de egoísmos, que chocan entre ellos, se rompen, se dilaceran. El Progreso lo señala la distancia que va del salto del tigre, que es de diez metros, á la carrera de la bala, que es de veinte kilómetros. La fiera á diez pasos nos perturba. El hombre á las cuatro leguas llenanos de terror. El hombre es la fiera dilatada.

Nunca los abismos de las olas parirán monstruo equivalente al buque de guerra, con escamas de acero, intestinos de bronce, bocas pavorosas rugiendo metralla, mastigando llamas, vomitando la muerte.

La pata prehistórica del atlantosauro aplastaba la roca. Las dinamitas del químico hacen estallar las montañas como si fueran nueces. Si la garra del mastodonte errancaba de cuajo un cedro, el cañón Krup revienta baluartes y trincheras. Una víbora envenena un hombre, pero un hombre solo arrasa una capital.

El matadero es la representación exacta de la sociedad en que vivimos. Unos nacen para reses, otros para verdugos. Unos comen, otros son comidos. Existen criaturas escualidas, vestidas de harapos, minando montes, y criaturas espléndidas cubiertas de oro y terciopelo, deslumbrando al sol.

En el cofre del banquero duermen pobres metalizadas. Hay hombres que crean en una noche un carro fúnebre de mendigos. Adornan gargantas de cortesanas rosarios de esmeraldas y de diamantes, mucho más siniestros y luctuosos que los rosarios de cráneos el pecho de los salvajes.

Viven cuadrúpedos en caballerizas de mármol y agonizan parias en cuevas infectas, corroídos por la gusanera. La letra de Vanderbilt costó aldeas de miserables. Y porque los palacios devoran pocilgas, todo bulevar grandioso reclama un cuartel, una cárcel y una horca. El dios millón no digiere sin tener la guillotina de centinela. Los hombres se reparten el mundo como los buitres el carnero. A mayor buitre mayor ración. Hombres hay que poseen imperios y hay hombres que no tienen hogar.

Los pies delicados de las princesas se deslizan brillantes de oro por alfombras, y pies vagabundos pisan sangrientos guijarros y rocas. Beben champagne algunos caballos de sport, usan anillos de brillantes algunos perros falderos, y algunas criaturas, por falta de un mendrugo de pan, encienden braseros para morir. ¡Bendito sea el óxido de carbono, que exhala paz y olvido!

Y la Naturaleza permanece insensible al drama bárbaro del mundo. Guerras, odios, crímenes, tiranías, hecatombes, desastres, iniquidades, déjanla indiferente é inconsciente, como la roca inmóvil azotada por el ala de una avispa. El clamor atronador de todas las angustias no arranca un ¡ay! de la inmensidad inexorable.

GUERRA JUNQUEIRO

Efectos de luz

Lo que hizo una vela iconoclasta en la iglesia del Santo Angel de Sevilla:

Cayó sobre un ramo de flores artificiales situado junto á la Virgen, lo incendió, propagándose el fuego al vestido de la imagen, y, aunque acudieron prontamente unos devotos para salvarla, no se salieron con la cara y las manos achicharradas.

Esto hace una simple vela, porque tiene luz. ¡Cuántos hombres hay sin siquiera una chispa en el entendimiento! Sería de ver, estando iluminados, el juego de luces combinadas y á dónde iban á parar las sombras que hoy nos envuelven.

¡Ah! Se me olvidaba lo mejor. ¡La redacción de EL MOTIN, tan combustible!

Gongorismo místico

Como muestra de la profunda sabiduría que el vulgo atribuye á los jesuitas, ahí va ese botón arrancado del *Tratado de Teología* del Padre Mendive.

Definiendo lo que él llama gracia eficaz, dice el loyola:

«La infalibilidad de la conexión de la gracia eficaz con el efecto consiste en la congruencia de la gracia, no á la verdad en cuanto ésta dice simple hábitud al hecho ú obra saludable que ha de ejecutarse ó considerarse en cuanto se acomoda al hombre y sus afecciones, ó finalmente, como la multitud y consonancia de auxilios, sino en cuanto indica hábitud al hecho ó acto salu-

dable que infaliblemente ha de resultar, ya por la razón *objetiva* de su futura condición, ya por la razón *cognoscitiva* de la ciencia media que anuncia, ya por la razón *efectiva* de la predilección virtual, que tiende á él eficazmente bajo la dirección de la ciencia media.»

¿Qué tal? ¿No está esto claro como el agua? Y después de leerlo, ¿hay quien no se penetre de lo que es gracia eficaz? Como que dan ganas de exclamar: ¡Pero qué gracia!

Esto me recuerda lo de aquel cursi que le pidió fuego en esta forma á un labriego de buen sentido:

—¿Me hará usted la fineza de comunicarme una molecular partícula del flamígero Dios Vulcano para dar gusto al paladar fumístico?

A lo que le contestó el labriego:

—Hombre, *pá pel* candela no *sa menesté* tanta retórica.

Lo que se puede parodiar así en esta ocasión:

—Para dejar sin dos reales á los que lean eso en estado de gracia, no se necesita tanto gongorismo.

Dios, anticatólico

Pues señor, maldito el caso que de las oraciones hace la divina Providencia. Vaya un ejemplo.

Murió el alcalde de Casabón (Sicilia), una buena persona, tanto, que el pueblo fué á su casa, consternado, para dar el pésame á la familia y orar por el alma del difunto.

En lo mejor de la oración hundiéndose el piso, arrastrando á más de cien cristianos, que resultaron muertos, moribundos ó heridos.

Notable contraste ofrece este suceso con los mítins anticlericales celebrados aquí. En ellos no se reza, ni Cristo que lo fundó; se dicen mil perrerías contra el clero... y los oradores y los locales, ¡tan firmes!

Y la redacción de EL MOTIN, también. La Providencia vela por nosotros.

Se ha hecho anticatólica.

Panteón de Bobos Ilustres

Una fulana llamada «Junta de Construcción» y un fulano llamado «El Secretario», ambos anónimos, han puesto en circulación unas «Condiciones» que dan derecho á los muertos á apelar á los vivos que visiten la Cripta de la Catedral de la Almudena, que no verán nuestros ojos por no estar hecha, ni nuestros nietos, que desharán lo hecho, sino son tan idiotas como nosotros.

Las condiciones restantes huelgan: la primera es la que confiere la gracia eclesiástica, que, como es sabido, se paga á peso de oro.

La gracia de poder apelar á muerto la Catedral después de haber apestado vivo las calles con el automóvil, va á costar al devoto la friolera de 125.000 pesetas, con las cuales se logrará la propiedad de tres metros de terreno para edificar una tumba donde se pudra mezclando sus hedores con los del incienso, el burgués que pasó la vida desahuciando inquilinos, y el prestamista que puso en el arroyo á los hijos de Cristo, del Papa y del Prelado.

Si el hecho no tuviese más consecuencias que la de restituir á la circulación esas 125 mil pesetas acumuladas en las arcas usurarias sin más provecho que el inmediato de dar trabajo á algunos obreros, celebraríamos la invención de esta ingeniosa socaína.

Pero, no es esto. Este ardor es una tentación á la vanidad y una excitación erótica del prurito morboso de distinción; es un ataque seductor de los sentimientos de familia de aquellos inconscientes que para honrar los cadáveres de los abuelos dejan sin pan los nietos, y que «para honrar á los muertos matan á los vivos».

Más claro: este «negocio», cuyo menor beneficio irá al obrero constructor, viene á ser biberón que se pone á la boca del muerto enterrado en la Almudena para que chupe la renta de seis mil doscientas cincuenta pesetas á perpetuidad, eternamente, enterrando, matando, petrificando y estatuyendo el capital aquel que quedará allí momificado y muerto en unas paredes perfectamente innecesarias y perfectamente inútiles, que servirán de templo vacío en cuyo interior los ratones y polilla harán banquete de los «santos de madera», y de escarnio á los miserables que quedaron durmiendo al sereno. De este modo el muerto, por medio del biberón, irá chupando la sangre de los vivos y seguirá insultando á perpetuidad á los desahuciados. De este modo el muerto ha birlado y robado á los vivos venideros este capital que la sociedad le concedió en usufructo vitalicio. El perpetuo voraz y el perpetuo chupador, que, no contento con haber chupado su vida desde la tierra, pone este sifón, por cuyo tubo desde el infierno continuará sorbiendo.

Menos mal si ese capital lo hubiese el sudado honradamente; pero no; en esos 25

MIL DUROS están las sisas que el industrial ha hecho á los jornales de sus obreros, las lágrimas de las familias que llevaron á empuñar sus prendas en la caja de préstamos y los sudores excesivos que el propietario hizo verter al colono. Esto es lo que se lleva consigo el muerto; con esas lágrimas llenará la tumba para bañar deliciosamente sus huesos; aquellas risas quedarán allí eternizadas por el mármol y el bronce, rociados con agua bendita para que Dios ni el diablo se atrevan á reprochar al piadoso difunto.

En este sentido, esa proclama y excitación á la vanidad es indirecta mente una excitación al logro, á la exacción, y á la acumulación del capital perdido, extrayéndola de la única fuente productora, á saber: del trabajo. La viuda, la hija y la madre, para poder desprenderse de esta cantidad, habrán de recargar las rentas, habrán de retrasar su limosnería, habrán de cercenar otros gastos y habrán de desheredar parcialmente á sus herederos.

El toque de llamada que aparentemente dice «¡a comprar sepulturas!», dice implícitamente: «Ea, ricachones; á apretar los tornillos á vuestros siervos; no más lástimas! Los muertos tienen hambre; ¡hartados con el sudor y carne de los vivos...!»

¿No hay mejor manera de emplear los capitales? ¿Es que en Madrid y en España están ya cenados, comidos y arropados todos los que tienen derecho á vivir, para poder arrojar millonadas á los que ya salieron de la vida?

Que manden los muertos, pase; pero que sigan comiéndose peor que si fuesen vivos, y que desde el otro mundo estiren el gaznate para quitarnos el pan de la mesa y emplear los obreros que duermen al sereno en construirles á ellos un palacio... ¡señores de la Junta Constructoral ese es un sport macabro.

Todavía sería pasable la socaína, si entre las condiciones se pusiera una que dijese:

«El Prelado, antes de conceder permiso de enterramiento, abrirá información pública en la que la familia del candidato justifique la legítima y honrosa procedencia de las riquezas, y los méritos que le eximan del servicio general de los muertos, siendo excluidos los negreros, usureros, chanchulleros, matuteros, agiotistas, y todos cuantos se enriquecieron á costa del Estado y de la Iglesia con manejos no figurados en el Presupuesto; pues de otro modo parecería que la Iglesia cobra el barato de esas malas artes é industrias, contaminándose con ellas.»

No firmaría Jesucristo la circular de la Junta; no hay más que un apóstol que se prestase á ello: Judas Iscariote, de la Compañía de Jesús.

No hay problema

A la fiesta carlistona de Guernica asistieron más de trescientos curas declarados. De occultis, no sé.

¡Si no hay cuestión clerical en España! ¡Si eso del problema clerical es pura invención de los intransigentes radicales de la izquierda!

Y se permitió á diez mil enemigos jurados de la libertad que anduvieran sueltos, con boinas, con chapas, con banderas, con cornetas y con armas (de seguro, como si se las estuviera viendo) y con D. Jaime al frente. No faltó más que tocar á botasillas y meterse en el monte.

¡Y no hay problema clerical!

ANDANDO POR MADRID

II.—El Catastro.

(Véase el número del día 8.)

Presentado el proyecto que hemos reproducido en la crónica anterior, fué aceptado con entusiasmo por el entonces ministro de Fomento Sr. Besada, el cual ordenó pasase á la Dirección general de Obras públicas para su informe.

Al propio tiempo los técnicos del ministerio de Hacienda influyeron cerca del entonces ministro Sr. Bustillo para que reclamara el proyecto, por ser de competencia de Hacienda, fundándose en la Ley de Avance Catastral. Pasó tiempo; el Sr. Rodríguez San Pedro reclamó también, fundándose en que es jefe del Instituto Geográfico, y, por tanto, le corresponde hacer el Catastro.

En vista de esto, el presidente del Consejo de ministros convocó á una conferencia amistosa á los tres litigantes, Fomento, Hacienda é Instrucción pública; pero no llegaron á un acuerdo. Intervino en calidad de apóstol del proyecto el Sr. Bergamín, y fué enviada la proposición á informe de los centros técnicos de Hacienda y al Instituto Geográfico, quienes rápidamente, en cuatro meses, hicieron un deslabazado informe, similar al de los doctores del rey que rabió.

Contestó el proponente á los reparos, demostró la tendencia de esos centros y la pasión en que están inspirados, parte que á nosotros nos interesa, y adujo algunas razo-

nes de que vamos a tomar nota para cuantiforulemos nuestra solución.

Decían los técnicos de Hacienda, refiriéndose al artículo 1.º del pliego de condiciones, que el procedimiento para dilimitar las fincas no es bueno. Conformes con esa opinión; pero como el procedimiento que hoy se sigue es el mismo y ellos no indican otro mejor, podemos llegar a la conclusión de que lo que se hacía, lo que se hace y lo que se hará es malo.

El plazo de ejecución lo fija la Sociedad en doce años, los técnicos del Estado en quince; sea una u otra la cifra, hay una evidencia: que se tardará más de diez años, en los cuales se gastarán 191 millones, y el resultado... dudoso por lo menos. El único avance catastral realizado hasta hoy es el de la provincia de Albacete, el cual no ha producido aumento alguno para el Tesoro. ¿No podrá ocurrir lo mismo con las otras provincias?

En todos los informes se ve la hostilidad al proyecto, aduciendo razones que no lo son y discutiendo hasta suposiciones.

Pasa siempre lo mismo; los que por inavencia, dinero ó amistades llegan á un cargo oficial, se consideran superhombres, miran con cierto desdén á sus compañeros de ayer y esterilizan con su falta de civismo la labor de otros. El perro del hortelano... ¿Y no quieren que se hable de ellos!

Son intangibles é inmaculados. Ingenieros de minas, montes y agrónomos tienen sus destinos allí donde hay una de esas cosas; se llaman en sus nombramientos ingenieros de León, Lugo, Teruel, etc., y viven en Madrid, dándose el caso peregrino de un individuo destinado fuera de Madrid, que para ir á su destino cobraba dietas y gastos de viaje.

Para vivir en Madrid tienen que facultar á los ayudantes que viven en la capital, y son los que verdaderamente trabajan y llevan los asuntos, aunque su trabajo no les mate, porque detrás de ellos están los capataces, sobrestantes, etc., que son los que realizan el trabajo duro del campo. Es decir, que el Estado paga ingenieros, y los que directamente inspeccionan son los capataces.

Mucho podíamos decir y citar ejemplos; pero no sería oportuno: nos circunscribiremos al Catastro. Refiriéndose á él, dicen los centros técnicos que no se debe encomendar á una Sociedad, que deben hacerlo ellos; ofrecen ventajas peregrinas, entre otras, la de tardar tres años más, y en todo se ve un espíritu pequeño, detrás del cual aparece medio oculto el interés particular.

¡Siempre lo mismo! Los centros técnicos, que debían ser los que alentasen las ideas grandes y nuevas, poniendo dificultades y cortapisas. ¡Sigue en funciones la Junta técnica, que calificó á Colón de loco y á Peral de ignorante! Cambian los tiempos; los hombres, no.

Terminamos esta crónica reproduciendo la opinión que le merece el asunto á *El Socialista* del día 12 de Marzo de 1909:

«En la cuestión del catastro, la *murga rotativa* ha comenzado ya á dar los primeros conciertos, y pronto veremos plantearse este prodigioso negocio, que no faltará quien apadrine para bien de España. La cuestión es la siguiente: en todos los países adelantados existe una función administrativa, que consiste en representar en planos especiales todas las tierras particulares con una anotación de propiedad, límites, calidad, etc. En Francia son las Alcaldías las encargadas de este servicio, las cuales tienen en un enorme cuaderno (pero fácilmente manejable) una serie de planos representando todas las fincas que pertenecen al Municipio, clasificadas por serie, distritos, etc.; luego, en otro libro aparte, el nombre del propietario y los cambios de propiedad que sufre; cada finca está representada por una cifra. Con esta organización, que en algunos países hace muchísimos años que se ha formado, se facilitan muchísimo las cuestiones de transmisión, contribución, registro, etc.

En España ha querido comenzarse un trabajo análogo, pero como la grande propiedad rural, las tierras de todos los *caudillos* no pagan contribución, no es posible registrar esta clase de fincas, pues si los empleados encargados de este servicio no quisieran dejarse convencer por las buenas razones de esta clase de propietarios, perderían el puesto si insistían mucho. A íes, que la formación del catastro en España es una cosa imaginaria, un problema eterno. Todos saben lo que pasa cuando se trata de investigar la importancia de los establecimientos comerciales é industriales, la contabilidad de los mismos; pues bien, todo ello es un juego de niños comparado con las relaciones de la grande propiedad rural y el fisco.

Ahora se trata de formar una nueva Tabacalera, Azucarera ó Banco de España que, mediante una enorme suma de millones, se encargue de formar el catastro.

El negocio es éste: la Sociedad recibirá del Estado unos cuantos millones anuales, un nuevo artículo que se abrirá en el presupuesto para no cerrarse nunca, y, por otra parte, pondrá á contribución toda la propiedad rural que defrauda hoy al Estado, la cual, por medio de un abono especial, se verá garantizada de no ser jamás molestada. Los ingresos á que va á dar lugar este nuevo negocio son colosales y se repartirán entre la gente de siempre.

Claro, para un engaño-bobos se emplearán un puñado de técnicos de los que viven hoy rascando papeles ó gastando suelas, que pasarán la vida molestando á los pequeños propietarios de toda España, y principalmente del Norte.

Y como el catastro de esta clase de propiedad es muy difícil, viene muy á pelo, pues cuando parezca que el trabajo debiera concluirse dentro de veinte ó treinta años, la Sociedad del catastro dirá que es tal el cambio que ha sufrido la pequeña propiedad, que el trabajo hecho resulta inservible y es preciso volver á comenzar. Pasará lo que pasó corrientemente en nuestros arsenales, en los cuales al concluir la cubierta de ciertos buques se notó que la quilla y los fondos estaban podridos, y era preciso volver á comenzar.

El nuevo negocio del catastro que tenemos en puerta, no sólo es un negocio prodigioso, sino además sempiterno, si algún fenómeno social interior ó de reforma del plano político de Europa no viene á interrumpirlo.

Por lo tanto, si alguno de nuestros lectores tiene la desgracia de poseer en la familia algún señorito perfectamente incapaz por no servir para nada, la ocasión es propicia para darle una buena colocación; apremiando un poco al cacique de la región, la conseguirá sin gran dificultad, pues la cosa es elástica y habrá para muchos. La realidad de esta empresa es tan segura, que en Madrid está ya rodando el dinero por cuenta y con adeudo á los futuros beneficios.

En el número próximo indicaremos las ventajas del proyecto, según otro periódico, y los comentarios.

JUAN PÉREZ

Dios se lo pague

Reina gran descontento en el mundo eclesiástico italiano, porque el Papa, después de haber dado á los jesuitas el monopolio de la enseñanza bíblica, les confía los seminarios.

Tiene razón el mundo eclesiástico italiano: ha dado á los jesuitas hasta la Biblia el pobrecito papa, y aún quieren éstos y toman el plantel, la almáciga ó el vivero donde los incipientes cleriguillos seculares verdean y pugnan por llegar á lo alto.

Dentro de poco, el mundo será jesuita ó ateo, que lo mismo da, pues todo es uno; y no quedará un cura de misa y olla para hacer distingos teológicos sobre la ruina de todas las creencias.

Los jesuitas van echando á perder la religión, y son por ello mis más activos y celosos colaboradores.

Dios se lo pague.

Un milagro

En el puerto de Tolón, en una pequeña iglesia cercana á la dársena, existía una Virgen adornada con espléndidas alhajas y que tenía puesta una gruesa cadena de oro que le caía sobre el pecho.

Muchos fieles arrodillábanse á adorarla, y entre ellos había un marinero cuya devoción era tan intensa, que llegó á llamar la atención del sacristán.

Un día, al limpiar la imagen, el sacristán hizo un terrible descubrimiento: la cadena de oro había desaparecido.

Inmediatamente una sospecha cruzó por su imaginación: ¡el marinero!

Corrió en busca del párroco, le refirió lo sucedido y sus sospechas, y juntos volaron hacia el buque de guerra anclado en el puerto.

Expuesto al capitán el objeto de su visita, hizo éste formar sobre el puente á todos los marineros, y el sacristán exclamó bien pronto:

—¡Hélo aquí! ¡Este es!

Entonces el capitán le dijo severamente:

—¿Has robado la cadena de oro?

Y el marinero, entre lágrimas, le replicó:

—Verá, señor capitán, cómo pasó la cosa: yo tengo una hermana que quedó viuda y cuatro nietecillos á quienes quitar el hambre. Como para esto no basta la miseria paga que disfruto, me dirigí fervorosamente á la Virgen, diciéndole: «¡Virgen mía! Todo el oro que llevas al cuello de nada te sirve, porque tú eres santa y gloriosa aún sin esas riquezas. Una sola de tus alhajas bastaría para saciar á mi pobre familia. ¿Por qué, Virgen buena, no me las das?» Y al decir yo esto, la Virgen descendiendo de su altar y me entrega gentilmente la cadena de oro, volviéndose á su puesto en seguida.

El capitán exclamó, levantando los brazos al cielo:

—¡Oh! Este es un extraordinario milagro que honrará eternamente vuestra iglesia.

Pero el cura, furibundo, replicó:

—¡Qué milagro... de Egipto! ¡Este marinero es un impostor, un farsante! ¡La Virgen no hace milagros hasta que nosotros queramos!

EL TRAIDOR

Lo primero que tiene que tener el hombre es nobleza; por encima de todo, está el deber. Cuando un hombre no se siente su gestión, ó en conflicto interior, por el deber, más bien que hombre es una cosa inanimada, ó una fiera. Por el egoísmo inmundano no progresan las buenas causas en la vida. No conocer el sentimiento de abnegación es perderlo todo: la paz propia interior y la paz y el bien de los demás.

Todo hombre, lo primero que tiene que tener en su corazón es nobleza. El innoble y traidor es peor que un asesino. Yo prefiero la compañía de una fiera loca, á la compañía de un traidor. El traidor es el producto del cerdo y de la víbora. La sociedad no puede esperar de él más que daños. Entre las reformas que habría que hacer en el Código, para llegar á un Código de sentido moral completo, uno de los artículos

que habría que incluir sería éste: «La traición se pagará con la vida.» Lo más dañino y repugnante y despreciable es el traidor. Lo único que no puedo perdonar es la traición; y me produce tal perturbación orgánica y espiritual, me conmueve tanto, que cuando he sido traicionado por un compañero, por un amigo ó por un dependiente, en vez de odiar, ó maldecir, ó matar, todo mi sistema se resuelve en vómitos y en defecaciones.

El traidor lo pierde todo: si hay Dios, le hizo para evitar la grandeza de la Humanidad. Esta Humanidad no puede vanagloriarse de nada todavía, porque tiene el traidor royéndola los sueños. Todas las invenciones y reivindicaciones alcanzadas hasta hoy no le dan derecho al título de grande, porque hay una inmensa inmundicia pegada en mitad de su corazón: el traidor...

El traidor lo pierde todo, lo roe todo, lo hace caer todo: es un animal monstruoso, es un bicharraco vil. Si tenéis bastante imaginación, figuraros un sapo inmenso, lleno el vientre de pus y con la boca sonriéndolos...

Los traidores nos pierden, queridos amigos, pobres obreros de buena fe, de buena voluntad, de gran corazón para los sacrificios. Esos marranos que son incapaces de la huelga de un día, ó que son capaces de denunciar una acción común que les beneficiará, ó que son capaces también de suplirlos en el trabajo que dejáis por dignidad, esos traidores, esos canallas, esos miserables dignos de toda miseria, lo pierden todo. Por ellos no marcha el mundo, por ellos sufren nuestros hermanitos, nuestros hijos y nuestras mujeres. Primero que nada está su pan indecente; no tienen ojos para ver más lejano, ni oídos para música mejor. Su pan, de perros que lamen la mano del amo, está por encima de todo, por encima de la gran justicia que se debe á los pobres.

Por él fracasa todo. No sólo suple y denuncia, sino que corrompe, desmoraliza y desalienta. Cuando se ven esas cosas, hasta los menos animosos y valientes y abnegados vacilan ó se deciden por el egoísmo también, ó por el *adverse* el que pueda. Un desengaño grande es lo único que puede minar las ideas fundamentales en ese individuo. Y si peleamos indirectamente por la justicia, si trabajamos todos los días al lado de los obreros, si somos alguna vez jefes y tratamos á los trabajadores que están á nuestras órdenes con amor, con sinceridad y con compañerismo, un desengaño ó una traición puede producir en nosotros una reacción que nos ponga definitivamente contra la buena causa. Yo conocí un hombre culto que peleó mucho por la justicia, que proyectó luego, con la ayuda de un rico generoso, ensayar una fábrica en la que los obreros y los empleados formarían parte de la Sociedad. Y una traición vil, una de esas cerdadas humanas, le cambió el corazón para siempre.

Hay que reconocer las cosas tratando de ponerse en los diferentes puntos de vista; la culpa no la tiene casi la clase poseedora del dinero y de las leyes. Ella se defiende por instinto más que por reflexión; y tal vez nosotros mismos—aun educados en mayor sentimentalidad por haber vivido el dolor y las privaciones—hiciéramos una defensa semejante á la que hacen ellos. Lo más difícil de todo es colocarse en el punto de vista de nuestros enemigos. Ellos tienen dinero y les han educado constantemente en los egoísmos: hasta cierto punto son irresponsables de pensar como piensan y de no tener el corazón preparado para la verdadera justicia. Es absolutamente lógico lo que pasa, mientras las clases deheredadas no vayan conquistando el Poder y cambiando los corazones por medio de una educación más sentimental.

Ellos no tienen la culpa: ellos se defienden como es lógico. La culpa de que las cosas no marchen más rápidamente, la tiene el egoísmo de unos pocos. La culpa la tiene el traidorzuelo que, por su pan de perro, roe todas las sonaciones gloriosas. El pierde todas las uniones que constituyen la fuerza. No estéis junto á él. Al contrario: debéis aislarle, despreciarle, escupirle, defecarle, matarle...

R. SÁNCHEZ DÍAZ

En una noticia á la francesa, de las que se dan en cuatro líneas justas, dice un correspondiente que la Santa Sede no quiere que sus declaraciones sean explotadas.

Quien tiene la exclusiva para explotar al orbe católico, natural es que llegue á esa sutileza de avaro: cree que son cotizables sus declaraciones y las declara intangibles.

En el baratillo del infierno, como llamaba Santa Brígida á la Roma papal, todo lo convierten en substancia.

Esté por mi parte tranquila la Santa Sede: no doy por sus declaraciones un perro chico.

Ahora, si lo dice por los clérigos, bien está; son capaces de traficar hasta con el verbo y con la esencia del verbo.

EL LADRÓN

Si es ladrón todo aquel que toma lo que no le pertenece, ¡mal haya si conozco un

hombre de bien en el mundo que no merezca ese epíteto!

Entiéndase que cuando hablo de hombres de bien, no quiero hablar ni de proveedores, ni de escribanos, ni de sastres, ni de procuradores, ni de mayordomos, gentes todas que son más ó menos el blanco de la pública murmuración (injustamente), sino de los hombres de bien más hombres de bien, del honradísimo empleado, del religioso guarda, de lo más honrado, en fin, que hay en la sociedad.

¿Qué hombre de bien no ha infringido si quiera una vez el séptimo precepto? ¿Quién, si le dieron un duro falso, no lo pasó al vecino? ¿Qué tendero no vendió húmeda la sal? ¿Quién al pasar por una viña no arrancó un racimo? Tú, empleado, ¿por qué escribes á tu familia en papel de la oficina? ¿Por qué enseñas á escribir á tus hijos con plumas del Estado? ¿Por qué hacen flores tus hijas con las obleas del gobierno? ¿Por qué te vas á paseo, por qué le finges malo mientras te corre el sueldo? Eres un ladrón. Y tú, fiel guarda, que estás en ese soto para impedir el robo, ¿por qué cortas una vara para tu hijo? ¿Por qué cazas una sola liebre para tu familia? Eres un ladrón que prendes á los ladrones.

¡Como que lo somos todos! El mundo no es más que una grande asociación de ladrones. Ladrones decentes, ladrones vulgares; esa es la única diferencia. En este pícaro suelo de preocupaciones no es crimen el robo sino en cuanto es robo de necesidad; que quien roba por pasatiempo y por gusto, nada tiene que temer. Así que el gran problema para prosperar es este: robar uno más que le roban. La balanza del comercio y la prosperidad de los particulares y de las naciones se reduce en definitiva á ese importante axioma.

Desconfiemos, pues, de todos, y especialmente desconfiemos de los hombres de bien. Los hombres de bien son los ladrones decentes; con esos no hay querellas, no hay tribunales, no hay restitución. Por tanto, no dejéis nunca á un hombre de bien solo en vuestro jardín, porque se comerá vuestras frutas y cogerá vuestras flores. No le confiéis jamás vuestra mujer, especialmente si es bonita; los hombres de bien hacen á todo. No le prestéis un libro jamás, si gusta de leer; se le olvidará devolverle. Si gusta de escribir, nunca soltéis en su presencia una idea de valor, porque la veréis impresa al día siguiente con su nombre. Y estimadlo, sin embargo, porque es lo que se llama todo un hombre de bien; nunca le veréis en la cárcel ni en presidio. Pero roba, porque robar es su naturaleza, porque robar para él es vivir.

¿Tienes hambre? ¿Robas á uno solo una sola peseta, exponiendo tu vida? Morirás ahorcado, infamado. ¿No la necesitas, y robas, sin embargo, millones á una nación entera sin exponerte á riesgo alguno? Vivirás rico y respetado. ¡Qué injusta diferencia! Es la que hay, sin embargo, entre Alejandro y José María, entre un alto funcionario y un miserable saltador.

Había una ley en Esparta por la cual no se castigaba el robo, sino sólo la torpeza del que no sabía robar. Muchas veces han citado los moralistas esta ley como una extrañeza de aquella legislación, como una rara divergencia de nuestros actuales usos. Yo confieso que no encuentro la diferencia. En nada hemos variado después de tantos siglos. Tampoco en nuestra sociedad se ahorca á más ladrones que á los que se dejan coger. Los que no son cogidos, no son ahorcados. Sigue, pues, en su vigor entre nosotros la ley de Esparta.

Lo repetimos: robar es vivir, y roba el ladrón, porque roban todos.

UNO DEL OFICIO

COMPETENCIA

Hasta los obispos me la hacen ya en esto de moralizar al clero. No es la vez primera; mas declaro que nunca con tanta valentía como en los párrafos que van á continuación, pertenecientes á la pastoral publicada en el *Boletín oficial del arzobispado de Caracas y Venezuela*, y firmada por el prelado de aquella diócesis, D. Juan Bautista de Castro:

«Nuestra Iglesia arrastra una vida lánguida, pobre y triste; las instituciones católicas con que podemos contar, se desenvuelven cual débiles plantas agitadas por méritos impecables de contradicción y de lucha; los buenos corazones, las almas que viven en el amor de los divinos intereses, los sacerdotes que sienten el soplo del espíritu apostólico, se encuentran sin apoyo, casi desamparados en sus esfuerzos, sin divisar horizonte para el porvenir. El clero ha caído en desprecio profundo por acontecimientos que lo han colocado en el declive de todos los descendos; no hay vocaciones para el sacerdocio, y esto desprecia es una de las dolorosas causas.»

«Impotencia, esterilidad, decadencia moral y espiritual, todo esto acompañado por la palabra estridente y perseguidora de nuestros adversarios; he aquí el cuadro real y efectivo que ofrece nuestra Iglesia a todo el que se detenga a observarla.

«Hemos hablado mucho de las persecuciones de que ha sido víctima en nuestro país la obra de Jesucristo; pero hablamos muy poco, ó no hablamos nunca de los pecados, particularmente de los pecados del sacerdocio, que nos han atraído estas persecuciones que fecundan la Iglesia y la hacen florecer en el sacrificio, y hay persecuciones que la diezaman, la talan y aún la arrancan de raíz de en medio de una nación. Las primeras son una gracia preciosísima, las segundas son castigos formidables...»

«El divino sacrificio y el tributo de nuestra alabanza se completan, para que nuestra ofrenda a Dios sea entera y sin manchas, con el holocausto preciosísimo de la Castidad; ¿cómo, en efecto, podría el sacerdote subir al altar a renovar diariamente la divina inmolación si no envolviera a la adorable víctima en el aroma de su castidad y en el sacrificio de su pureza, presentando a Aquel que se apacienta entre los lirios? El sacerdote sin castidad aparece a los ojos de la fe como un monstruo, que mezcla su ofrenda y su alabanza a Dios con la fetidez de su corrupción...»

«Si los pecados son ocultos, ellos se transparentan bastante en la parroquia muerta, en el templo desierto, en la predicación fastidiosa é inútil, en los actos del culto practicados sin fervor ni piedad, en la casa del sacerdote, que no respira sino aire mundano en sus lecturas, en sus ocupaciones y en el tedio de las cosas de Dios. ¿Por qué notamos de repente y con dolor la decadencia espiritual de un sacerdote hasta ayer activo y piadoso? ¿Por qué vemos cómo se va anudando poco a poco, y lo que parecía prometer un apostolado fecundo, va terminando en misteriosa y lamentable ruina?...»

«Decir bien la santa misa! ¡bañar en ella el alma! sentir los merecimientos de la adoración y del amor ante la víctima mística inmolada en el altar!

Pero ¡ay! que dirigiendo las miradas a varios puntos del campo que se nos ha confiado, tenemos que exclamar con el mayor pesar de nuestra alma: «¡Oh misas mal celebradas! ¡Oh misas de las cuales sale traspasado una vez más el divino corazón y torturada la hostia sacrosanta! ¡Oh misas que son galas y triunfos de Satanás, misas sacrilegas, cuya preparación es el pecado mortal, con una frecuencia que no se sospecha, y con las cuales no se atrae la misericordia sino los rayos de la justicia, y la sangre divina maltratada por manos y labios inmundos pide al cielo venganza como la sangre de Abel!»

«Cuán grande sería nuestro gozo si pudiéramos decir: «La santidad de la vida resplandece en nuestro clero; sus virtudes son consuelo y esperanza para nuestra Iglesia, pues los consumos del cielo de la gloria divina y de la salvación de las almas! No es así, sin embargo, venerables hermanos; el ministerio sacerdotal ha caído de tal manera, que es grande el número de aquellos que no lo consideran prácticamente sino como una profesión para vivir. La gracia de la unción sacerdotal se ha extinguido en ellos, y ejercen los actos del sagrado ministerio rutinariamente, verdaderas máquinas de hacer sacramentos, sin soplo alguno de vida espiritual y casi perdida la inteligencia de las cosas santas; y con esos ministros no puede contar el obispo para las obras del reino de Dios sino en medida escasísima y haciendo á las veces uso de toda su autoridad: el pastor se siente solo en medio de tales sacerdotes que viven mirando hacia la tierra, y son por tanto incapaces de los esfuerzos y sacrificios que exige la obra de Jesucristo en el mundo; no son, como decía un distinguido orador, sino pensionistas de la Casa de Dios...»

«Son la sal insípida que para nada sirve ya, sino para ser arrojada y pisada de las gentes...»

ÚLTIMAS PALABRAS

«Dejamos cumplido un gran deber; hemos dicho cuanto era necesario decir en vista de los desastres espirituales que acá y allá se muestran en nuestro clero; sentimos el consuelo y la paz del que ha aligerado una carga que gravitaba duramente sobre sus hombros; esta carga era para nosotros la necesidad de señalar los pecados que minan nuestra Iglesia y debilitan las fuerzas del sacerdocio...»

Comprendo la amargura con que ese celoso obispo habrá escrito los párrafos copiados; las lágrimas que habrá derramado antes de decidirse á hacer públicas las faltas del clero; las luchas terribles que habrá sostenido con su conciencia; y porque lo comprendo, le digo:

«A través de los mares se abren mis brazos para estrecharte contra mi corazón, y te nombro redactor honorario de EL MOTIN. Esa tu honrada y justiciera pastoral justifica, sanciona y enaltece la campaña que vengo sosteniendo hace tantos años.

Choca, obispo.»

En el Congreso católico de Santiago un obispo se declaró demócrata y radical.

No lo creo hasta que deje la mitra por el

gorro frigio y su palacio por un cuarto de catorce pesetas.

Otro obispo... es decir, otro obispo, no; un je uita, que es más que un obispo, aunque no lo parezca, combatió las afirmaciones revolucionarias acerca de la propiedad en común, *demonstrando* que ésta fué en todo tiempo individual.

Lo que me hace entrar en sospecha de que ese jesuita se ha alzado con todos los fondos de la Compañía y demás comunidades. Porque son ricas comunales, pero individualmente, según la regla, ninguno de sus miembros puede poseer ni un miserable chorro.

Ya sé, ó me figuro, que ese *pater* no se ha alzado con nada. Además de su virtud, se lo impide la Compañía.

La Iglesia

Largos siglos de dominación lleva la Iglesia. Nada eficaz ni permanente hizo nunca por los pobres.

Sus Francisco de Asís, Juan de Dios, Vicente de Paul y los muchos hombres que hoy venera en sus altares y que tan grande amor demostraron á sus semejantes pobres y desvalidos, ó realizaron una obra puramente personal de abnegación sublime, ó fundaron instituciones de caridad que en nada han alterado las consecuencias horribles de las desigualdades económicas.

El estado social, que la Iglesia pudo modificar cuando tuvo poder para ello, sigue hoy siendo fundamentalmente el mismo que antes de la aparición del cristianismo. Hoy hay señores y esclavos.

Mas he aquí que los esclavos se rebelan y la Iglesia ve lo que no había visto en tantos siglos, y predica la caridad y ensalza el trabajo.

La caridad siempre la predicó; ¿cuándo dejó de haber hambrientos y ahitos sobre la tierra?

El trabajo siempre lo consideró como cosa vil, como un castigo impuesto al hombre por su pecado. Dios arroja del Paraíso al primer hombre y le *condena* al trabajo; Dios se hace hombre, y para más humillarse nace en un pesebre y en una familia de carpinteros; cuando los creyentes quieren infligirse mortificaciones duras y envilecedoras que los ensalzen á los ojos de Dios, se imponen en los conventos el trabajo personal...

¡La caridad, que denigra, ensalza por la Iglesia; el trabajo, que ennoblece y engrandece al hombre, envilece!

La Iglesia ha sido impotente para extender á todos el bienestar. Pone el Paraíso en otra vida.

El Paraíso está delante de nosotros, no en otra vida, sino en ésta, y llegaremos á él por el trabajo y por nuestro propio esfuerzo.

EL ARRÁEZ MALTRAPILLO

Memorias de un jesuita

La corrección fraterna

Habíamos hecho una adquisición, cual era un joven abogado de Sevilla, que, renunciando honores y riquezas, vestía ya la sotana de jesuita.

En primer lugar, llenábamos de regocijo ver en nuestra Compañía una persona fina y educada, y luego pensábamos que un hombre de carrera, grado de doctor en Derecho y fama legítimamente adquirida, por fuerza tenía que prestar grandes servicios y dar mucho decoro al noviciado, colección de papeles espantables.

El joven Castillo, que así se llamaba el abogado, afeitó su negro bigote, cortó á rape su cabellera, vistió la negra sotana, ciñó la airosa faja y se presentó hecho un jesuita *com' il faut*.

Yo lo estaba viendo y no lo creía. Un hombre de carrera que se lavaba *motu proprio* las manos y la cara, era imposible que echara raíces en el noviciado. Creí siempre que se marcharía, pero no que lo hiciera de un modo tan ruidoso é inopinado.

Es el caso que la Compañía de Jesús tiene entre sus reglas una que dice así: «Todos los de la Compañía han de ser contentos de que todas sus faltas y pecados sean manifestados al superior por cualquiera, que fuere de confesión la supiere.» Esta regla se llama allí de la corrección fraterna, aunque bien pudiera llamarse de la delación infame.

Como realmente es difícil de practicar, mandan las Constituciones que á los novicios se les pregunte especialmente si están resueltos á cumplirla. Los chicos, y aun los grandes, la oyen leer distraídamente, sin fijarse en toda la odiosidad que encierra. Así la oyó el buen Castillo, y sin darle importancia se entregó á las dulzuras que tienen

los primeros días de recogimiento y paz religiosos.

Un mes, poco más ó menos, habría pasado, cuando en una de las recreaciones que los jesuitas tienen generalmente en la huerta, el novicio andaluz hubo de entablar animado diálogo con un padre llamado Magin Rodríguez, gran afeitor de flauta, pero hombre taimado y nada noble. Es el padre rió falsamente las gracias andaluzas y dichos del novicio abogado, y de unas en otras se llegó allí hasta una, ligera, es verdad, pero murmuración al cabo, del padre rector.

El sonido de la campana terminó el recreo, y separáronse el padre y el hermano siendo los me ores a ngo del mundo.

A la media hora el hermano Castillo era llamado al aposento del maestro de novicios. Fué allí y oyó que se le decía con acento grave:

«Hermano; hoy en el recreo ha cometido usted una falta, que en otra parte sería leve, pero que en la Compañía es de suma gravedad.»

«¿Qué falta es esa?»

«Resuente su conversación con el padre Magin Rodríguez.»

«Pero...»

«A la s... ha criticado al superior, y esto es nada menos que la destrucción de la Compañía, que descansa sobre la base de la mas perfecta obediencia.»

«Dispénseme usted, padre, confieso que he faltado y prometo no volverlo á hacer jamás.»

«Así lo espero, y esta noche, de rodi las ante toda la comunidad en el refectorio, dirá usted la culpa que ha cometido.»

«Como usted quiera.»

«Adiós, hermano Castillo, vaya á la capilla á hacer oración durante media hora y supongo que no manifestará el más mínimo disgusto al padre Rodríguez.»

«Esté tranquilo, padre maestro.»

Salió el novicio del cuarto del superior con la mayor tranquilidad, al parecer; metió las manos en la manga de la sotana, costumbre que se adquiere pronto entre jesuitas, y se perdió por los claustros del monasterio de San Jerónimo de Murcia.

No habían pasado cinco minutos cuando salíamos todos despavoridos, y en tropel acudíamos á un ángulo del claustro donde se oían unos gritos angustiosos que demandaban socorro.

Llegamos, y vimos al padre flautista pegado á la pared, sin bonete, con la cara bañada en sangre y recibiendo todavía una serie de puñetazos que le daba el hermano Castillo con tal fuerza y tal prisa, que sin nuestra intervención, allí acaba para siempre la inspiración artística del músico de sotana.

Con grandes esfuerzos separamos á los dos jesuitas. Al padre se le llevaron á la enfermería, donde tuvo que andar el árduo muy en su punto, y al hermano derribado a la portería, donde se le entregó su traje de seglar para que se fuera á su casa.

No se cambió de vestimenta tan pronto que no le diera espacio para decirnos á los que silenciosos le rodeábamos: «Siento lo ocurrido, pero me voy contento; yo no puedo pertenecer á una Sociedad de delatores.»

Marchóse al fin, y al día siguiente no faltaron guasones que, conteniendo mal la risa, dijéran al padre Magin, cuya cara era un mapa accidentado: «¿Qué bárbaro de Castillo; le puso á usted hecho un *exce homol*»

GIL BLAS DE SANTILLANA

Hoy da gusto, según dicen los que van, de ir á las iglesias; no como antes, que todo era sucio, grosero, y hasta solemne.

Hay luz eléctrica; y el Tabernáculo se ún lo adornado que lo ponen, parece el *bu loir* de una cocotte, cuando no una decoración de apoteosis de un teatro casero; hay sillones y banquetas tapizadas para los ricos, y sillones y reclinatorios puestos en fila para las señoras; los caballeros llevan á éstas del brazo á su sitio, atropellando á los fieles humildes; se ven brazos apretando cinturas, y se oyen suspiros y frases entrecortadas; los jóvenes luises y koskas atraviesan el templo moviendo á compás aquella parte carnosa por donde más pecar suelen; todo lo cual hace de la casa de Dios sitio recreativo.

A pesar de esto me guardaré bien de ir; estimo en mucho mi dignidad y soy muy delicado de olfato.

REMITIDO

SR. D. JOSÉ NAKENS.

Muy querido amigo: Después de un año de cárcel han sido puestos en libertad los presos de Canillas de Albaida (Málaga), por resultar inocentes.

Un año de hambre, miseria y toda suerte de privaciones, han sufrido catorce familias obreras, por el delito de no estar conformes con la política de explotación del cacique don Felix Lomas Martín, influente personaje.

Un año de privación de libertad por ser hombres honrados, amantes del progreso; por tener acendrado amor á la justicia, y pretender impedir se consuma el despojo de todo un pueblo por un cacique poco escrupuloso.

Ha de empezar la lucha interrumpida por la prisión de estos catorce valientes, y hasta

noy-aislados defensores del derecho, pues, como ya comunicué á usted, el juez municipal vive en Málaga, y á pesar de las denuncias de la prensa, continúa ejerciendo el cargo.

El alcalde continúa en su puesto, disponiendo á su antojo de los destinos del pueblo y amargando la existencia á sus vecinos.

Todo es allí desolación, hambre y llanto, hasta tal punto llega el terror, que son muy pocos los que se atreven á formar en el Ayuntamiento, y tan pocos, que no consta de los concejales que previene la ley; dándose el caso de marcharse á Meilla un individuo con su familia porque lo nombraron concejal.

Las solicitudes dirigidas al ministro de la Gobernación por los pueblos de Cónpeta, Archez y Salares, firmadas por personas respetables, rogándole intervenga el Ayuntamiento de Canillas de Albaida y se depuren los hechos, aún no se han resuelto, cumpliéndose el refrán «que para ser ministro, hay que ser sordo».

Acerbas censuras lanza la voz pública sobre los que consenten este estado de cosas, temiéndose ocurran incidentes desagradables, de prolongarse por algún tiempo la angustiada situación porque atraviesa este desdichado pueblo.

Gracias mil por sus publicaciones en EL MOTIN, y le saluda afectuosamente su seguro servidor y amigo,

JUAN PÉREZ

Loja, 6 Julio 1909.

CONFESIÓN PRECIOSA

Dice una revista clerical, que «mientras las naciones que han sido como predilectas de la Iglesia apostatan de la fe que las hizo grandes y gloriosas, Dios prepara su reino de millones de hijos en las comarcas del Asia, Oceanía y Africa.»

Lo cual confirma el buen sentido de aquel dicho vulgar: «Siempre se aparece la Virgen á los pastores.»

Torpe ha andado esa revista al reconocer que el catolicismo es incompatible con la civilización y que tiene que buscar prosélitos entre los ignorantes.

Porque esto es precisamente lo que ventamos diciendo cuantos tenemos el buen gusto y el honor de no comulgar con ruedas de molino.

Ni con hostias benditas.

Flor de trapo

Las preferencias por los enfermos que rezan, el comer opíparamente mientras se escatima ó se adultera la ración de los desgraciados, las arbitrariedades relacionadas con el negocio, todo esto constituye, como suele decirse, las generales de la ley en los hospitales gobernados por las hermanas de la caridad.

Y cuando encuentran directores, médicos ó empleados débiles ó cómplices, ¡pobres enfermos! más les valiera morir, pues no hay abuso ni crueldad que con ellos no se cometa.

Esos ángeles de á dos pesetas diarias con ración tienen la misma idea de la verdadera caridad que el ciego de los colores, y no comprenden que la caridad sin el perfume de la bondad, es una flor, sí; pero de trapo.

DURA LEY

En vez de indignarme, hay momentos en que compadezco al obrero que ingresa en los círculos católicos; y mientras menos creyente sea, lo compadezco más.

Al pensar en que tiene que arrodillarse en la misa, llevar un cirio en las procesiones, rezar en novenas y rosarios, confesar y comulgar, contenerse, fingir, *hipocritear*, todo para poder llevar un trozo de pan á su mujer y á sus hijos, casi me inclino á admirarlo, como admiro al infeliz que para lo mismo, mantener á los suyos, baja á absorber las emanaciones de un pozo de inmundicias.

Ninguno, de poder vivir de otra manera, iría á la iglesia ni bajaría al pozo. Luego no huelga la compasión en ambos casos.

¿.....?

¿Se sabe algo de Tafalla y Los Arcos, donde, á consecuencia de la propaganda rabiosa hecha contra la libertad por varios cuas en el confesionario y el púlpito ha tenido que ir la Guardia civil, requerida por las autoridades locales?

Estaré al tanto de lo que ocurra. Por hoy me limito á poner unos puntos suspensivos entre dos interrogantes.

SECCIÓN AMENA

MISIONES CARCELARIAS

Todos los años acostúmbrese á dar en las cárceles públicas unas cuantas conferencias religiosas á los seimones de misión, que, al decir de la prensa católica, dan óptimos frutos. Véase la clase:

«En la cárcel de... se han celebrado tantas confesiones y comuniones. Tantos ó cuantos infelices, sumidos en aquellas prisiones por el vi... ó por el crimen, han purificado su conciencia y recibido la sagrada eucaristía con el mayor recogimiento y devoción.

Bendito sea nuestra religión sacrosanta que así conmueve los corazones más empedernidos y redime á los más impenitentes criminales.»

La cifra de los penitentes y comulgantes suele ser, si no exacta, algo aproximada; pero téngase en cuenta que, para incitar el ánimo de los penados á tan piadosos actos, los misioneros reparten por cuenta ajena ropas, efectos y algún dinero; efectos y ropas que se juegan los conversos el mismo día de la comunión, ó cuyo importe va á parar á la cantina del establecimiento.

Tan arraigado queda el sentimiento religioso en aquellos catecúmenos y tan firme es su propósito de la enmienda, que si al año siguiente vuelven los mismos misioneros y examinan por curiosidad los libros del establecimiento, cada uno de los que el año anterior dejaron contrito y arrepentido, ha salido y reingresado en la cárcel lo menos seis ó siete veces.

Sucede con frecuencia que un par de jesuitas de los que pasan por más duhos en el arte de engañar conciencias, se lleva quince días charlando en un departamento de discípulo de San Dimas (primera época).

Allí, día tras día, no cesan de exhortarles a que abandonen el mal camino; de aconsejarles el respeto á lo ajeno (consejo que les vendría de perlas á los catequistas); que se enmienden y vuelvan á la vida honrada; todo esto haciéndoles ver lo feo y peligroso que es el robo, pues además de que pueden dar con un guardia ó polizonte que los ponga á la sombra, incurren en el enojo de Dios, que los castigará en la otra vida con las penas del infierno, sin advertir que valiente caso hacen ellos de las tales penas. Más temen un estacazo de un cabo de vara que á todos los castigos de ultratumba.

Cuando después de tantos días de palique inútil los loyolas se retiran satisfechos de haber reconquistado para la Iglesia unas cuantas gruesas de almas, y convencidos de que no hay rata que se resista á su elocuencia, salen entusiasmados con el resultado de la misión, ambos se comunican sus impresiones.

— Parece que hemos trabajado con fruto, ¿verdad, padre Gómez? — Así parece, padre R. dríguez. Sin embargo, yo, que como más viejo, conozco á estas gentes, no me fio nu ca.

— Creo que han confesado con sinceridad. El último que se ha acercado á mí era un pobre muchacho, que me ha prometido con lágrimas en los ojos que en su vida volverá á quitar un alfiler á nadie.

— Es un chiquillo rubio?

— Sí.

— ¿Bajo?

— Sí.

— ¿Regordete y chato?

— El mismo.

— ¡Buen bribón está! Es: me quitó el reloj el año pasado.

— ¡Caracoles! Pues éste me lo ha quitado á mí— exclama el otro reverendo metiendo aprisa la mano en el vacío bolsillo de su sotana. — ¡Habrás pilló! Ahora mismo voy á dar parte al director.

— ¿Qué va usted á hacer? ¡Oh! nada de eso. ¿Qué dirían las gentes si lo supieran y leyesen el suelto que envíe esta mañana á nuestro periódico! Vea usted el borrador:

«Continúan con brillante éxito las misiones que en la cárcel pública de esta ciudad vienen dando á los reclusos de la misma los reverendos padres Gómez y Rodríguez, de la Compañía de Jesús.

Felicitemos á tan felices apóstoles de la fe por los felices resultados que obtienen en pro de la salvación de las almas.»

Ya ve usted; después de esto, ¿qué dirían si supiesen lo ocurrido? Que no veníamos aquí más que á perder el tiempo y hacérselo perder á los presos distrayéndolos de los talleres y las escuelas.

— ¡Ay! Es verdad— exclamó amargamente el jesuita del reloj evaporado. — ¡Sálvese la mentira y pierdanse los relojes!

J. G. L.

La última duda

Cuanto más se acerca el día de su ordenación, más dura la ve el aprendiz de cura y más pierde la alegría.

Su vocación de un segundo en un segundo ve hundirse; ¡es tan triste despedirse de los haigos del mundo!

Observando que su mal crece, aunque calla y lo oculta, una última consulta resuelve tener formal.

Va á ver, con ojos llorosos, á un vicario de experiencia,

y así, en larga conferencia, hablan los dos religiosos:

— Padre mío, al prepararme para hacer el voto eterno, tentaciones del infierno me asa tan por desviarme.

— ¡Hola! ¿dudas? Mal negocio.

— ¿Por qué tan gran desazón?

— ¿Has perdido la afición que tuviste al sacerdocio?

— ¡Oh, no! mas me apena, es cierto, pensar que al ir á ordenarme, sin libertad á quedarme voy, y en siervo me convierto.

— ¿Quién dice eso? ¿Esclavizada nuestra clase, que da leyes?

— ¡Nosotros, del pueblo reyes!

— No pienses en tal bobada.

— Verbigracia: ¿yo podré como ahora, fumar puros?

— Aunque gastes buenos duros en ellos; si no se ve...

— Yo me doy muy buena vida.

— ¿Podré hacer como hasta acá?

— El bolsillo lo dirá.

— ¿El te ha de dar la medida.

— ¿Podré ir planchado y tener reloj de oro? ¿Con decoro poner diez reales á un oro, podé?

— ¿Pues no has de poder!...

— ¿Podré?... — Mira, no habies más; podrás hacer lo que otros.

— ¿Acaso somos nosotros distintos á los demás?

Si lo que te está tentando es todo eso que me has dicho, tus escrúpulos á un nicho y ya te estás ordenando.

— ¡Ah, padre! La tentación en otras cosas me azora...

— ¡Bah! ¿Por qué temes ahora?

— Veamos, ¿qué cosas son?

— ¡No me atrevo á confesarlo!

— ¿No te atreves? ¡Es chocante!

— ¿Qué es eso tan importante que hasta te nes el nombrarlo?

— ¡Que no podemos tener mujer! — Me lo figuraba.

— ¿Y eso es lo que te abrumaba?

— Pues qué ¿el ama no es mujer?

Al oír esto, el inocente se levanta presuroso y abrazando al religioso le contesta alegremente:

— ¡Mil gracias! Muertas están ya mis dudas; sin demora me tiene usted desde ahora dispuesto á ser capellán.

C. LL.

Un predicador salía del templo después de haber pronunciado un sermón. Díjole una beata:

— ¡Buen sermón, padre!

— Sí, demasiado bueno para la gentuza que lo ha oído; el más listó de mis oyentes

era un zoquete. Todo el auditorio estaba compuesto de asnos.

— ¡Ciertamente! lo mismo me pareció á mí, sobre todo cuando oí que usted los trataba con tanto cariño y les decía: «Amados hermanos míos.»

Un coadjutor á quien el párroco tenía encargado de una ermita situada extramuros del pueblo, escribió á su jefe el siguiente oficio:

«Reverendo señor cura párroco: Tengo el honor de participarle que el aceite que me suministra el sacristán para la lámpara del santuario es tan malísimo, que no me sirvo para la ensalada.»

En una sacristía:

— Señor cura— dice un acólito, — le está á usted aguardando, para que le dé la comunión, esa señora de todos los días.

— ¡Mal rayo la parta con sus comuniones! ¡Ahora que estaba yo saboreando este cigarro! Anda, anda; vamos á dársela, y que se la lleven doscientos mil demonios.

Un cura rural, excesivamente gordo, que suspiraba por una canongía, aprovechó la ocasión de que fuera á su pueblo el obispo con motivo de la visita pastoral, y con la mayor humildad le dijo:

— ¡Ilustrísimo señor; ¡si yo pudiera entrar en la catedral!

— No veo el inconveniente— le respondió el Nos.— Es verdad que está usted muy gordo, pero las puertas son bastante anchas.

Advertió á sus feligreses el cura de una parroquia que no podría absolver en la confesión al que no supiera las obras de misericordia. Fué á confesarse un gitano, y al preguntarle el sacerdote si las sabía, contestó:

— Pare, se me han olvidao.

— ¿Pues no dije que no absolvía al que no las supiera?

— Es verdad, y me las había aprendido de corrio; pero empezaron á ir por el pueblo que las iban á suprimir y no me gorví á acordá más de ellas.

Hay presbíteros muy irreverentes.

Fuó una mujer á pedir á uno que le administrara la comunión.

— Si, señora— dijo— esto no vale nada.

Primera irreverencia.

Se dispuso á abrir el Sagrario, y por más esfuerzos que hizo, no pudo.

— ¿Qué demonios habrá aquí dentro?— dijo enturecido.

Segunda irreverencia.

Al fin logró abrir el Sagrario, y la devota con un niño en brazos, se acercó al altar eucarístico. El niño quiso tocar el copón, y el cura le dijo la tercera irreverencia.

— Déjalo, que tiene K K.

Hallándose un obispo en los últimos momentos de su vida, oyó que rogaban á Dios por la salud de su cuerpo y de su alma, y dijo á los suplicantes:

— Pedís demasiado de una vez; rogad solamente por la salud del cuerpo.

(FOLLETÓN 27.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

POR OFFENBACH

sual dentro del buque. Pero en España nadie tenía para con los americanos la menor indulgencia, ni el menor comedimiento. El buque había volado por descuido de sus tripulantes: esto pensaban y esto decían los españoles, sobre todo el elemento oficial, que menos que nadie se recataba en decirlo y proclamarlo. ¡Y el que no decía esto, insinuaba ó manifestaba que los mismos americanos, tripulantes ó no tripulantes del buque, lo habían volado consciente y deliberadamente para darse el gusto de hacer con aquel pretexto la guerra á España!

Cosa tan sencilla como ser discreto y atento en caso como aquel; cosa tan socorrida y sabia, además, como decir: «no sé, no sabemos; esa es cuestión que los técnicos han de estudiar y resolver; pero si España resultase en algún modo responsable dará cuantas satisfacciones y compensaciones correspondan», esto no le ocurría, esto no le cabía en la cabeza á ningún señor del reino, ni á ninguno de sus funcionarios ó agentes tanto en Cuba como en los Estados Unidos. Y cuanto más lejos se hallaba el agente ó funcionario de entender, ni por oficio ni por afición, de tan complejas y difíciles cuestiones, con más aplomo y fatuidad daba su fallo, decididamente adverso á los infelices tripulantes del infeliz cruce-

ro. Se ha dado el caso, en fin, de que el suceso de esa especie menos susceptible de satisfactoria explicación técnica, el misterio que en vano han tratado de descubrir técnicamente, en un sentido ó en otro, al cabo de una decena de años los hombres más versados en construcción naval y más expertos en explosivos y explosiones, del mundo entero, lo tenía y lo daba ya resuelto tres días después de la catástrofe el más simpático y gracioso de los médicos homeópatas españoles, que, entre otras cosas igualmente curiosas, decía (New York Herald, 19 Febrero 1898) que «se podía asegurar, sin temor á equivocación de ninguna naturaleza, que el incendio fué causado bien por una caldera que haya explotado y comunicado el fuego á un pañol de pólvora ó bien por otra causa, etc.»

Ya verás, ya verás, lector amigo, aunque te parezca mentira, cómo en la monarquía española el día menos pensado quizás el letrado más terrestre ó el periodista menos marítimo resuelven en un dos por tres las más difíciles cuestiones navales, los más abstrusos problemas de estabilidad y otros que en sí contiene la abstrusa «teoría del buque!!!» De menos todavía hizo Dios á los señores de aquel reino.

Esas cosas, naturalmente, habían de hacer muy mala sangre en los Estados Unidos é imposible una solución aceptable. Pero, ¡ya se ve! Al espíritu guasón y carácter ligero de los mencionados señores y sus agentes se agregaba una circunstancia que los envalentonó mucho: la de que contaban ó creían contar, cuando menos, además de la bendición del Papa, con las escuadras del imperio aus-

triaco. ¡Y tuvieron una cosa y otra; tuvieron efectivamente bendición y escuadras; pero fueron la bendición del emperador y las escuadras del Papal

Por tales caminos vino, en fin, lo que había de venir; el ultimatum. Y aunque todavía esto no era la ruptura, los señores del reino quisieron que lo fuera, para lo cual, dejando alegre y humorísticamente atrás al «payo de la carta», esto es, al majadero que, antes de dar la carta, quería la respuesta, ellos, el Sr. Sagasta y sus cofrades, dieron la respuesta antes de recibir la carta.

Consistía el ultimatum, en efecto, en la conminación, que el gobierno americano hacía al español, de que inmediatamente evacuase la isla de Cuba; enormidad que parecía hecha expreso para parlamentar, porque, si á los señores del reino les da por contestar que estaban dispuestos á hacerlo en cuanto los americanos se sirviesen decirles cómo podía hacerse, apuradillos se habrían visto McKinley y sus ministros para decirlo. Pero el buen humor de aquellos señores los llevó á lo que hemos indicado, esto es, á no recibir la carta y anticipar la respuesta, proceder sumamente cómico... por el momento, pues tenía que resultar, como resultó, tremendamente trágico.

El caso fué, en fin, que antes de recibir y para no recibir el ultimatum, enviaron á Mr. Woodfort (así se llamaba el embajador americano) los pasaportes. Mr. Woodfort los tomó y echó á correr, que es no sólo lo acostumbrado y diplomático, sino lo más sano y seguro en casos tales.

Como se ve, aquellos señores del reino no parecían hombres con barbas,

barbas, las de algunos de ellos enteramente blancas de vejez, sino niños y niños mal educados. Pues ¿en qué creían que aliviaban la mortificación que podía causarles el ultimatum, si precisamente no lo recibían por ser ya conocido del mundo entero? Si no querían darse por enterados ¿en qué fundaban ó cómo cohonestaban su proceder con el enviado americano? Y si tenían resuelta la ruptura ¿no habría sido preferible, no habría sido más viril, más airoso y de más lucimiento y mejor gusto recibir el pliego, leerlo y devolverlo después con los pasaportes al mismo embajador? ¡Recurso pueril, aquel á que apelaron gobernantes tan mal aconsejados y guasones!

Podría creerse, sin embargo, que, bien ó mal hecho, lo que hicieron significaba que, puesto que los americanos se presentaban como en son de guerra, en son de guerra se apresuraban y anticipaban los españoles á presentarse á ellos. Quizás al bueno del lector se le ocurra pensar esto. Pero, si así hubiese sido, entonces no se hallaría en la historia de las naciones arrogancia más ridícula, porque á aquel mismo gobierno le faltó tiempo en seguida para poner el grito en el cielo y gimotear aquello de «¡tío, yo no he sido!», esto es, ¡¡para acudir á todas las naciones protestando de que los americanos quisiesen echar sobre él la responsabilidad de la ruptura!!!

He ahí, pues, cómo los señores del reino, liándose fatua y jocosamente la manta á la cabeza, echaron sobre su país una de las guerras más absurdas y uno de los desastres más grandes que una nación haya llegado á padecer.

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

(CONTINUACION)

Se encierran 33 voluntarios con cuatro mujeres en la torre de la iglesia de Calella como último refugio, y los carlistas incendian la iglesia y cometen horribles excesos.

Asesinan por distraerse á un infeliz mendigo que sacan del pueblo de Panes, en el barranco del Pinar, partido judicial de Alcañiz.

1874

ENERO

Los carlistas faltan villanamente á las bases de la capitulación de Portugaleta, especialmente á la base 6.ª, que marcaba «que ningún vecino de la villa sería maltratado ni perseguido, ni se le exigiría responsabilidad alguna por los auxilios prestados á la guarnición y trabajos desempeñados, pues lo habían hecho obligados por orden del comandante militar».

Como consecuencia de ello tienen que emigrar cuantas familias liberales habían quedado en la villa.

La facción Llorente, posesionada de Laguardia, comete toda clase de crímenes en los pueblos de la derecha del Ebro, que saquea á su antojo, repartiéndose el botín á la vista de sus jefes, quienes reciben también su parte. Esto obliga á la mayoría de los habitantes que tienen algo que perder á refugiarse en Logroño.

Maltratan á los prisioneros de una manera bárbara, dándoles escasa ración y de mala calidad; llegando su infamia hasta echar en el agua que han de beber jabón y otras materias nocivas, con el santo fin de que, ó se mueran de sed, ó se pongan enfermos.

El largo repertorio de los martirios y malos tratamientos que pueden aplicarse á la criatura humana fué ensayado íntegramente por los carlistas durante la guerra. Ni un solo detalle siquiera suprimieron; antes bien inventaron algunos.

Atacan los carlistas la torre construída á la entrada del fuerte de Sarriá, defendido por el capitán Moreno y 30 voluntarios. Nieganse éstos á rendirse, y aquéllos le pegan fuego, pereciendo 18 hombres entre las llamas. Fueron encontrados aquellos valientes abrazados de dos en dos.

Los cafres se estuvieron divirtiendo en ver cómo las llamas consumían aquellos cuerpos ya asfixiados por el humo, y en cebarse en dos desgraciados fugitivos, pinchándoles, sañándolos, mutilándolos y arrojándolos vivos al río para gozarse en verlos expirar en medio de horribles tormentos; fujo de crueldad que aterra.

La facción Basó sorprende en Montblanch á un centinela, al que degüella en unión de otros, y diseminándose por la población comete punibles excesos y horribles asesinatos.

FEBRERO

Llegan unos carlistas á la estación de Caldetas, hieren al portero y después lo asesinan, dejando en la miseria á su viuda y cinco hijos pequeños.

Varios carlistas fugitivos de Gandesa asesinan en Calaceite á un joven por haber sido voluntario movilizado.

Entra en Velmimbre una partida, roba 40.000 reales y roca de espíritu de vino á los dueños de una de las seis casas robadas, les prenden fuego y los abandonan con graves quemaduras.

Los cabecillas Bulnes y Paulino penetran en San Roque de Romiera, hieren de una descarga á varios niños que salían de la escuela y se llevan á Valmaseda varios mozos, pidiendo 10.000 reales de redención por cada uno.

Incendian los carlistas la casa del alcalde de Andoain y disparan sobre unas mujeres que salían de la iglesia, hiriendo á una; exigen 9.000 duros de rescate á los propietarios de Montblanch que se llevaron en rehenes; y por último, se presenta en Segura Santa Cruz, apalea á dos mujeres y roba 3.000 duros.

MARZO

Varios caballeros *sin tacha*, como llamaba el Cuartel Real á los carlistas, cogen á una

mujer que se encaminaba á Francia en las cercanías de Villaba, la violan, la apalean, le rocián después los vestidos con petróleo, le prenden fuego y se regocijan cantando y gritando mientras se quema hasta quedar reducida á una masa informe.

El día 15 entran por sorpresa en Olot 3.200 carlistas al mando de Saballs y otros cabecillas, entre ellos el cura Galcerán, encargado de la *brigada del petróleo*.

Los seiscientos hombres que guarnecen la plaza hacen una defensa heroica desde los fuertes, hospitales é iglesia, mientras los carlistas se dividen en dos grupos: uno que levanta barricadas y otro que se entrega al robo, al saqueo y al incendio.

Al tercer día los defensores, exasperados por las tropelías de los facciosos en la población, se arrojan fuera y echan del pueblo á los carlistas. Vuelven éstos reforzados con la partida de Miret y tienen que retirarse de nuevo en vergonzosa huida, provocando la desesperación de Saballs, que rompió su espada al presenciar tal cobardía.

Pero algo se tranquilizó al saber que sus valientes, al huir despayoridos y arrojando las armas, se habían llevado algunas honradas y hermosas doncellas á los montes, donde fueron soltadas después de hacerlas víctimas del más feroz desenfreno.

Dueño después Saballs de Olot, celebra un solemne *Te Deum* por los triunfos que acaba de conseguir, hace derribar las murallas, y se dirige á Besalú, donde hace lo mismo, fusilando además á 28 voluntarios de la República, prisioneros en la derrota de Nouvilas.

Secuestran los carlistas á varias personas en Montblanch, Rocafort de Queralt y Poboleda y á los alcaldes de Vendrell y Villalba, haciéndoles pagar grandes sumas por su rescate.

Esto obliga al general Salamanca á prender á varios carlistas de Mora la Nueva y Ascó, cuya libertad reclama Vallés, amenazando con terribles represalias.

Contesta el general que por cada liberal pacífico que prendieran, prendería él diez carlistas, haciendo la guerra de ojo por ojo y diente por diente.

Y añadía: «Diré á usted con claridad, que es muy cómodo el sistema de ustedes de aparecer muy caballerosos los jefes principales de las facciones, y tener á sus órdenes gavillas como las del cura de Flix, la del de Prades, Mora y otros, que se encarguen de sembrar el terror con los rehenes, incendios, fusilamientos y asesinatos que ustedes dicen que no aprueban, pero que no les impide utilizarse de sus efectos y reunirse á las facciones que tal hacen todos los días y á todas las horas.

«Coteje usted mi ataque, por ejemplo, de Gandesa con el de ustedes de Vendrell: yo á nadie molesté, ni siquiera se entró en una casa; no se ofendió á un defensor. Ustedes en Vendrell asesinaron 18, incendiaron, robaron; en Valls lo mismo, é igual en todos los pueblos que no les abren las puertas.

«P. D. Créame usted; en la lucha de rehenes pierden ustedes, porque como no han tenido la tolerancia que nosotros, no están entre ustedes los liberales, ni fuera de pueblos fortificados, como está la gente de ustedes; y por ello le aseguro que en lo sucesivo, por cada peatón pobre infeliz que ustedes me fusilen, les he de fusilar yo diez pájaros gordos, que yo sé dónde los he de buscar, sin equivocarme como ustedes se han equivocado en los tres que me han fusilado en Masroig, Aleixar y La Selva; y se lo probará á usted el acierto con que cacé los rehenes. Además, esto hará que despierten los que hoy duermen y que para nada me sirven, mientras á ustedes todos les sirven y están bien despiertos.»

Bien dicho estaba todo eso; lo malo era que no se practicaba por nuestra parte, mientras ellos, los carlistas, cumplían lo que en este sentido anunciaban. Y aún iban más allá siempre.

Tal indignación despertaban los crímenes de los carlistas, que la prensa española y la extranjera publicaba á diario artículos tremebundos, de los que dará idea el siguiente, inserto en el número correspondiente al día 19 de Marzo de 1874:

«Sí, hay que hacer al carlismo una guerra de exterminio. La nación abriga en su seno una víbora y hay que aplastarla la cabeza.

Francia se la aplastó, y donde entonces la Vendée y la Bretaña, guardada un tiempo del

legitimismo, como aquí lo son del carlismo las provincias vasco-navarras, quedaron completamente pacificadas.

Es preciso acabar de una vez, y que nuestros hijos, después de oír en sus primeros años la narración de la guerra civil que de nuevo va á encender el fanatismo, no tengan que verse empeñados en otra lucha.

Como en España hubo un convenio de Vergara, hubo en Francia los tratados de la Jaunaye y de la Mabilaye con los vendedanos. La víbora legitimista había enroscado sus anillos y ocultado su repugnante cabeza, pero, lo mismo que en España, quedándose en acecho para expiar el momento de hincar de nuevo su venenoso diente. Su silbido se dejó oír cuando una flota inglesa se presentó á la vista de Quiberón. Hoche le aplastó la cabeza y todas las tentativas han sido después inútiles para darle una vida ficticia.

Como en la Vendée y en sus pueblos dominados por el clericalismo corrió en Marzo de 1793 la insurrección como un reguero de pólvora, precedido de algunos chispazos; así sucedió en España en 1833, pero con una diferencia en la situación del país.

En Agosto de 1792, 8.000 paisanos armados mandados por Delouche, atacan á Châtillon, entran en la ciudad y queman todos los papeles y documentos de la Administración, como las bandas carlistas quemaron el 72 los libros del Registro civil. Este fué el primer chispazo, como en Enero de 1833 lo fué en España el motín de los voluntarios realistas en León.

En Marzo de 1793 una insurrección general se enciende en la Vendée. Se apoderan de Machecoul 1.500 hombres y fusilan al juez de paz, á los jefes de la guardia nacional y á todos cuantos se resistían á ingresar en sus filas; que en esto de fusilar á personas indefensas se dan la mano los antiguos vendedanos y los carlistas.

El 13 de Marzo, Cathelineau se apodera del castillo de Fallais; el 14, de Chemillé; el 15, de Cholet, donde recoge algunos cañones; los insurrectos son rechazados de Sables d'Olonne, pero se rehacen, apoderándose de Viherts, Challans, Lege, Palluan, Chantonay, Saint Fugent, les Herbier, la Roche sur Fon y amenazando á Nantes. Todo el Anjou se ve próximo á ser invadido. El 5 de Mayo ganan, mandados por La Rochejaquelein, la acción de Thouars, cogiendo 6.000 fusiles, 12 cañones y haciendo á los republicanos más de 1.000 bajas entre muertos y heridos. Pierden el 16 la acción de Fontenay, dejando en poder de los republicanos 24 cañones; pero el 25, treinta y cinco mil vendedanos presentan de nuevo la batalla, derrotan á los republicanos, se apoderan de Fontenay, cogen 42 piezas de artillería y la caja del ejército con 25 millones.

Con la misma rapidez se extendió la insurrección en las provincias Vascongadas. En Octubre de 1833 se sublevan en Bilbao los voluntarios realistas y empiezan por imponer una contribución al vecindario; la insurrección se extiende inmediatamente á todos los pueblos cercanos, Abando, Begoña, Portugaleta, Somorrostro, Valmaseda, á los valles de la Nestosa y Carranza, á Orduña, y avivando el incendio el clero regular y secular, se corre á toda Vizcaya, Guipúzcoa, Alava y Navarra. El hecho se producía del mismo modo que en la Vendée.

Francia se encontraba en 1793 en situación harta más crítica que España en 1833, porque 100.000 hombres al mando del duque de Brunswick y 20.000 emigrados franceses, 6.000 de ellos de caballería, con el conde de Provence, después Luis XVIII, el conde de Artois, después Carlos X, el príncipe de Condé y los mariscales de Blogie y des Castries, atacaban las fronteras del Este, y el ejército francés tenía que acudir á una guerra de invasión, desde Dunkerque hasta Suiza, y á una guerra civil en el Oeste. Pero la víbora legitimista no tenía en la Vendée ni en las landas de Bretaña nido de tan difícil acceso como en las enriscadas montañas de Vizcaya, de Guipúzcoa y de Navarra.

La primera guerra civil terminó en España con un convenio el 31 de Agosto de 1839, aunque la víbora siguió mordiendo hasta el 6 de Julio de 1840, en que Cabrera entró en Francia. La cabeza no quedó aplastada, y se la vió aparecer en 1848 en otra lucha sangrienta, y después en San Carlos de la Rápitia mientras el ejército de la nación peleaba en las costas de Africa, y luego del 72 al 76, cometiendo todo género de depredaciones y de salvajes hazañas. La acción de Oroquieta y el convenio de Amorevieta pareció como que ponían término á la guerra civil. El tiempo desvaneció aquella esperanza. El país se sintió de nuevo mordido por el reptil del absolutismo, que se recogió más tarde venido á su guarida para acechar eternamente una nueva ocasión, mientras su cabeza no quede deshecha y su tronco cortado en menudos pedazos.

También los vendedanos, violando los tra-

tados de Jaunaye y la Mabilaye, abrieron el segundo período de la guerra civil, que se corrió por toda la Vendée, la Bretaña y parte del Anjou.

Charette había recibido de Inglaterra armas, municiones y dinero; 40.000 hombres foguados, 20.000 organizados por Cadoudal, Lemerrier, Bonfils y otros jefes, presentaban un poderoso núcleo de resistencia.

Coquereau organizaba las fuerzas de los insurrectos en el Anjou, y un convoy de buques de transporte con 80.000 fusiles, 60.000 uniformes, víveres y municiones, ocho millones en metálico, gran cantidad de asignados falsificados en Londres y un cuerpo de 12.000 hombres formado de emigrados, se presenta en las aguas de Quiberón custodiado por una escuadra inglesa. Efectuase el desembarco en Carnac el 27 de Junio de 1795 y se les reúne Cadoudal con 4.000 hombres.

El general republicano Hoche los ataca en Quiberón, y á pesar del fuego de la escuadra inglesa los desaloja de sus posiciones, los derrota, los dispersa, hace un número considerable de prisioneros, y emplea el rigor: 1.200 prisioneros fueron pasados por las armas. Hoche persigue sin descanso á los sublevados; el jefe vendedano Stofflet es cogido prisionero y fusilado, lo mismo que otros cien jefes; Charette es preso y fusilado en Nantes. A los 33 días la Vendée estaba pacificada.

Hoche pasa el Loire, y á pesar de la tenaz resistencia de los insurrectos, lleva la guerra á sangre y fuego, y en dos meses toda la Bretaña, la Sarthe, el Maine, habían sido sometidos sin piedad. La guerra civil estaba terminada.

Cuando en Mayo de 1832, reinando Luis Felipe, intentó la duquesa de Berry sublevar la Vendée y la Bretaña, apenas un puñado de hombres respondió al llamamiento, siendo destrozado y disperso en Malslón y Caraterie; y aquella tentativa terminó ridículamente, escondiéndose la duquesa de Berry en el hueco de una chimenea de una casa de Nantes, donde fué descubierta y presa. La insurrección era imposible: Hoche había, treinta y siete años antes, aplastado la cabeza de la víbora. La Vendée y la Bretaña recuerdan hoy todavía el horrible escarmiento que sucedió á la tentativa de Quiberón.

España ha dejado repetidas veces con vida al reptil absolutista, permitiéndole abrigarse en su seno y que al calor de su pecho acechase siempre la ocasión de morderle en el corazón.

Hay que terminar de una vez. Todos los esfuerzos, todos los recursos, todos los sacrificios que el país se imponga, estarán bien empleados para ello. Guerra sin tregua, guerra de exterminio al carlismo.»

ABRIL

Gran ovación reciben en Vich el Alfonso y la Blanca. El comandante de armas había impuesto 200 reales de multa á todo vecino que no se entusiasmasse. A los únicos que no tuvo que entusiasmar fué á los curas, quienes se excedieron á sí mismos; cada uno parecía un Santa Cruz.

Y para que se viese que la fiesta era carlista de verdad, fusilan á dos infelices en Breda, por el único delito de *ser liberales*, y hacen que en Vich y Camprodón el verdugo rape el pelo á dos mujeres, porque sus familias estaban acusadas del mismo delito.

Iban á fusilar á un vecino de Bericarlo por haber cometido un asesinato. Mosen José, consejero de Cucala, se conmovió ante la desgracia de aquel digno camarada, y consiguió que se le pusiera en libertad.

Cuando se trataba de asesinos tenían muy buen corazón los carlistas tonsurados. Hoy por ti y por mi mañana.

Se presentan en Cañedo dos aduaneros carlistas para robar por segunda vez á un vecino; éste cierra su puerta; un carlista dispara y la bala la atraviesa, matando á la esposa del mencionado, que quedó viudo con seis hijos pequeños.

El carlista que tal hazaña realizó había oído misa aquella mañana y comensado y comulgado.

Cuatro carlistas se dirigían á Francia con una gruesa suma. Temerosos de ser robados en el camino, tuvieron la debilidad de confiarse á sus correligionarios, quienes se ofrecieron á acompañarlos.

Algunos días después los cuatro aparecieron asesinados y completamente despojados de cuanto llevaban, lo que á nadie extrañó.

Una pobre mujer que iba á San Sebastián á vender corderos, fué apaleada por los carlistas en el camino, dejándola con pocas esperanzas de vida.

(Continuará.)

Imprenta de D. Blanco, Libertad, 31